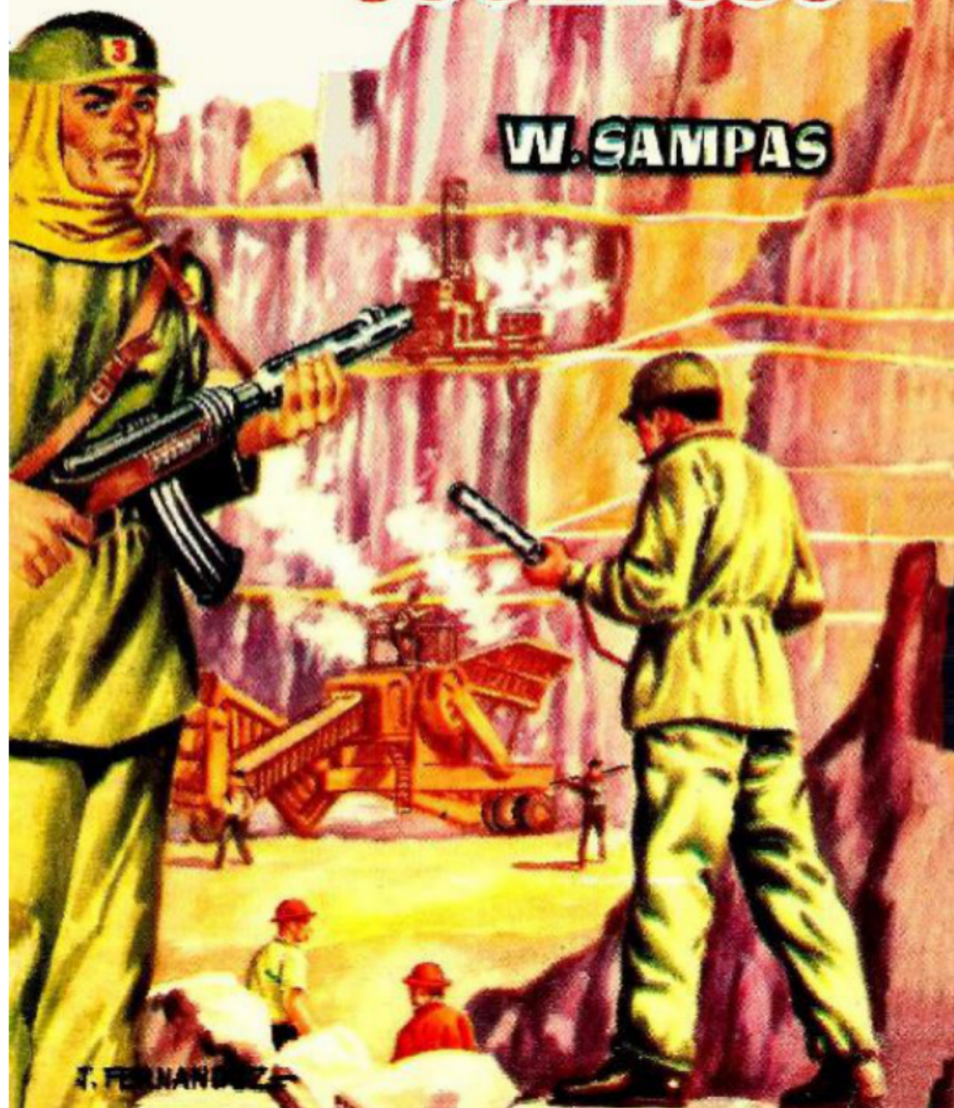


S.I.P.
SPACIAL
INTERNATIONAL
POLICE
TRAFICANTES
CÓSMICOS
W. SAMPAS

TRAFICANTES COSMICOS



TRAFICANTES CÓSMICOS

por

W. SAMPAS



EDICIONES TORAY, S. A.
Arnaldo de Orne, 51-63
BARCELONA

Depósito legal: B. 1.433 - 1960

Número de Registro: 6.196 - 1959

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

Impreso por ED. TORAY, S.A.- Arnaldo de Oms, 51-53 – Barcelona



CAPÍTULO PRIMERO


UANDO el coche del jefe de la SIP se detuvo en el patio de la Penitenciaría del Estado de California, había otro vehículo allí: un Cadillac último modelo, color azul eléctrico, cromado hasta donde era posible… y un poco más.

Hasta el auto de Callowan parecía viejo y anticuado al lado de aquella maravilla. Y cuando Donald Callowan lo vio, al tiempo que descendía del coche oficial que le había traído desde Washington, desde la Central, no pudo evitar una sonrisa, diciéndose, al mismo tiempo, que estaba perdiendo la vida, rompiéndose la cabeza en la

dirección de un organismo super policíaco cuando le hubiese sido mejor ser, sencilla y llanamente, director de aquella prisión.

Claro que...

Se encogió de hombros y sus ojos grises, acerados, abandonaron la estructura del lujoso coche para fijarse en el hombre que salía del edificio y que avanzaba hacia él, sonriente, limpio y feliz en el interior de su traje gris, con su rostro de niño bien alimentado.

—Es el director —dijo a su lado Harry Trumper.

—Ya...

Avanzaron al encuentro del otro y le estrecharon cordialmente la mano.

—Recibí hace un instante el anuncio de su visita, señor Callowan. Y crea que es un honor para mí.

—También tenía muchas ganas de conocerlo, señor Thomason. Éste es mi agente, Harry Trumper.

El hombre miró al joven y la sorpresa se pintó en su rostro.

— ¡Por todos los infiernos! Se le parece como una gota de agua a otra.

—Por eso le elegimos.

—Pasen, por favor.

Minutos después, se encontraban en el magnífico despacho del director. Callowan se percató de que no estaba el lujo confinado al Cadillac del patio, sino que allí, la personalidad sibarita de Thomason había sabido imprimir un sello idóneo, convirtiendo un despacho de prisión en una lujosa sala en la que estaban representadas todas las comodidades e innovaciones.

Richard Thomason se dio cuenta,

—No debe hacer mucho caso de mi amor por lo bello: es una manía que me viene de familia.

—Hace usted muy bien. Yo también amo las cosas hermosas. Por desgracia, mi cuchitril de Washington no se prestaría, en modo alguno, a un cambio como este.

—¡Es una lástima I

Ofreció cómodos asientos a sus visitantes, sirviéndolos, personalmente, un vaso de «whisky» del coquetón bar que había en uno de los ángulos de la estancia.

—Casi nunca bebo —dijo Callowan—, pero voy a hacer una excepción.

Hubo después el consabido reparto de habanos y cuando el techo de la habitación recibió una capa de humo azulado, que los extractores hicieron desaparecer rápidamente, Donald Callowan dijo:

—Recibió mi comunicado, ¿verdad?

—Sí. Y despertó mi interés.

—¿Si?

Ei otro asintió con la cabeza, antes de contestar:

—El plan es audaz —sonrió—, aunque todo se puede esperar de la SIP —hizo una pausa—. ¿Cree usted que dará resultado?

—Tengo la completa seguridad de que no fallaremos. Hace ya mucho tiempo que intentamos descubrir el tráfico de drogas hacia Venus. En realidad, nadie sabe lo que pasa allí, ya que los colonos se hallan perdidos en las selvas y las minas se encuentran esparcidas por zonas imposibles.

Echó una bocanada de humo y continuó:

—Hace un año, un policía local descubrió el cadáver de un hombre en las cercanías de Venus- City, ese asomo de ciudad que no lo es, sino media docena de edificios que la horrible humedad de Venus se va comiendo poco a poco. News States es la verdadera ciudad del planeta, pero allí no hay servicio de policía o si lo hay es como si no existiese.

»Pues bien, el agente de policía local que descubrió el cadáver, tuvo la excelente idea de enviarlo a la Tierra, utilizando una de las cámaras frigoríficas de una astronave de servicio regular.

»Nuestros técnicos examinaron el cadáver, haciéndolo pedacitos. Y todos coincidieron en que aquel pobre hombre tenía los tejidos empapados en morfina, como si le hubiesen bañado en esa sustancia, tan intoxicado estaba.

»También nos había extrañado que ninguno de los obreros que habían ido a Venus volviese a la Tierra, al final del contrato que firman por un tiempo de cinco años. Sabíamos, eso es verdad, que en News States había casas de juego, tugurios y cosas por el estilo, capaces de aminorar en los hombres el deseo de regreso, embruteciéndolos. Pero ignorábamos lo de la droga.

Hizo una pausa.

—Ya sabe usted —dijo, después— que el régimen de explotación de Venus es un poco especial y está fuera de nuestro alcance, al menos mientras no ocurran allí cosas excepcionalmente graves.

»El haber encontrado a un morfinómano no nos autoriza a remover todo aquello, aunque sospechamos que algo sumamente grave está sucediendo allí, Pero, como le he dicho, el régimen de favor de los terratenientes de Venus nos impide actuar corno nosotros desearíamos.

»Naturalmente, el problema no ha dejado de preocuparnos, y temiendo lo peor, controlamos la producción de morfina, cerrando todas las puertas que pudiesen haber sido utilizadas por los traficantes.

»Entonces surgió Charles Hunston.

»Era un químico joven y despabilado, una verdadera autoridad en síntesis y al mismo tiempo, eso era lo peor, un hombre ambicioso que amaba mucho el dinero.

»Hunston se dedicó a investigar, encontrando una nueva droga sintética: la «dolantina», que empezó, según pudimos comprobar, a marchar hacia Venus.

> ¿Para qué?

»Lo ignorarnos, pero, uno de nuestros agentes consiguió demostrar la culpabilidad de Hunston y ahora lo tiene usted ahí dentro, sí mal no recuerdo, en la celda 2221. ¿No es así?

El director elogió:

—¡Excelente memoria, señor Callowan!

— iBah! Una poca nada más.

Fumó de nuevo.

—La detención de Hunston no ha resuelto, como usted sabe, el problema, ya que algo raro pasa, pues la «dolantina» sigue afluyendo a Venus. Por eso, dispuestos a aclarar el problema, hemos pensado preparar la fuga del químico; es decir, el nuevo químico, nuestro, agente, aquí presente, Harry Trumper, cuyo, parecido, como usted mismo ha comprobado, es bastante bueno.

—¿Bueno? ¡Asombroso!

—Harry se ha pasado estos últimos seis meses estudiando la química de la «dolantina» y es capaz, al menos, de sintetizarla, ya que el procedimiento fue encontrado por nuestros hombres en los laboratorios del verdadero Hunston.

»Los traficantes deben demasiado al químico y lo admiran lo bastante para volver a tomarlo y, esta vez, no lo dude, llevárselo a Venus. La. «dolantina» termina por no provocar el efecto deseado y ellos, confían en que Hunston pueda fabricarles nuevos estupefacientes sintéticos. Por eso han intentado, a fuerza de dólares, liberarle bajo fianza, cosa que nosotros, naturalmente, no hemos consentido.

—Es verdad.

—Ahora vamos a ofrecerles lo que tanto deseaban. Y es posible que con un poco de suerte, Harry logre engañarlos e informarnos de la verdad, permitiéndonos acabar con ellos.

—¡Magnífica idea!

—Si. Yo dejaré aquí a Harry y me llevaré a Hunston ¿Ha preparado usted la fuga?

Thomason asintió;

—Es sencillo. Ya estudié su comunicado. Hunston —sonrió es decir, el agente Trumper, abrirá la celda en el momento en que el guardián le comunique que deseo verle, le golpeará y apoderándose de

las llaves interiores llegará a la enfermería desde donde saldrá al exterior. Un coche le esperará, llevándoselo a Los Ángeles, donde, sin duda alguna, ellos, al saberlo, entrarán en contacto con el fugitivo.

—Perfecto. ¿Vamos a encerrar al falso químico?

—Cuando quiera.

Salieron del lujoso despacho, caminando por la galería que conducía al rastrillo particular del director.

—¿Tiene muchos... huéspedes?

—Dos mil ciento ochenta, en este momento —repuso Thomason-—. El hotel está casi completamente lleno.

Callowan sonrió.

—¿Y Doma?

—-Ése es nuestro garbanzo negro. No comprendo aun cómo no lo han llevado a la silla.

—No tardará mucho. Estamos preparando el juicio.

—¡Menudo pájaro!

—Sí. Nunca tuvimos, en los Estados Unidos, un criminal de esa clase. Mata con la misma facilidad que nosotros encendemos un cigarrillo... ¡Es un anormal!

—¡Si al menos los psiquíatras no lo libran de la silla!

—No tema, señor Thomason. Por eso, precisamente hemos retardado su juicio. El proceso, cuando empiece oficialmente, no le llevará más que hacia la muerte,

Habían llegado al rastrillo y el director hizo un gesto al guardián de turno para que les abriese la puerta, Un poco más allá, el ascensor les llevó a las galerías de la segunda planta.

A pesar de las modernizaciones de la Penitenciaría, las galerías seguían poseyendo un aspecto tétrico y las puertas de las celdas continuaban teniendo una significación espantosa.

—¿Se lo va a llevan a Washington? —inquirió el director del establecimiento.

—Sí. Lo pondremos a buen recaudo. No conviene que nadie conozca su existencia, ya que sería perjudicial para todos que hubiese dos «Hunston» en circulación.

El otro sonrió.

La pareja de guardianes que les precedían se detuvieron ante la celda 2222 y uno de ellos oprimió el botón que encendía, desde fuera, la luz de la celda.

En ese instante, uno de ellos gritó:

—¡Cielo santo! ¡Señor director!

Corrieron y un espectáculo espeluznante se presentó ante ellos.

Colgando de la reja del ventanal, un hombre joven, con el rostro contraído por una mueca horrible, pendía en el aire.

—¡Se ha ahorcado!

El director estaba rojo de cólera.

Gritó:

—Pero… ¿cómo ha podido ser? ¡Aplastaré a los responsables!

—Ha utilizado las sábanas —dijo Harry.

Uno de los guardianes abrió la puerta y todos entraron, acercándose al cuerpo que pendía, pegado a la pared.

Sólo Callowan seguía tan frío como siempre.

—No hay que condolerse —dijo, con voz neutra —Lo ocurrido, pasado está y ya no podemos hacer nada por este desgraciado— se volvió al director—. Lo importante es que nada se sepa de todo esto. Iba a llevarme a un hombre, pero me llevaré su cuerpo.

—¡No lo comprendo!

Donald esbozó una sonrisa:

—Son cosas que ocurren, señor Thomason. ¿Qué le vamos a hacer?

—¡Yo le prometo a usted que…!

—No se torture más. Ya le he dicho que lo importante es que nadie lo sepa. Nuestro plan continúa igual; esta noche el nuevo químico se escapará. Después de todo, nada se ha perdido.

El director estaba apesadumbrado.

Por orden de Donald, Harry se quedó en la celda y fueron apagadas todas las luces para evitar que los otros presos se diesen cuenta de que se transportaba un cadáver.

Callowan se quedó un poco más junto a su agente.

—¿Sabes lo que tienes que hacer? —inquirió.

—Sí.

—Ten cuidado. Has aprendido a imitar la voz del químico y conoces lo suficiente para no hacer el ridículo cuando te coloquen en un laboratorio: Abre mucho los ojos y no olvides que hay una persona en Venus que se pondrá en contacto contigo.

—¿Cómo la conoceré?

—Será ella quien se dará a conocer. La contraseña es mi nombre al revés; es decir Wanlloca Alddon. ¿Lo recuerdas?

—Sí.

—No comuniques nada a nadie que no sea esa persona y procura dar informes precisos; lo más concretos posible: nombres y detalles de acción, sobre todo.

—Entendido.

—No creo que desconfíen; pero, si llegado el caso, apretasen las clavijas, ya conoces tu deber.

El joven palideció un poco.

—Lo sé.

Todos los hombres de la SIP lo sabían.

En caso de peligro y cuando, según la expresión gráfica que Callowan acababa de emplear, «apretasen las clavijas», no había más que una solución: resistir la tortura y morir con dignidad.

Todo antes de dejar que los planes de la SIP se viniesen abajo.

Donald apretó la mano del joven:

—¡Suerte, Harry!

—Gracias, señor.

Callowan salió de la celda, dirigiéndose, acompañado por un guardián, al despacho del director de la prisión.

Thomason estaba desolado.

—No sé cómo excusarme, señor Callowan.

— ¡Por favor! —Suplicó éste—. Ya sé que no ha podido hacer nada... ¡Qué le vamos a hacer!

Tras una pausa preguntó:

—¿El cadáver?

—En su coche. Se ha hecho todo con el mayor disimulo posible.

—Bien. Procure que la fuga se lleve a cabo según el plan establecido, ¿eh?

—No tema, señor Callowan: todo se hará perfectamente.

Donald asintió con la cabeza:

—Debo irme.

—-Voy a acompañarle.

—No se moleste.

Extendió la mano que el otro apretó con simpatía.

—Gracias —dijo el jefe de la SIP.

—A usted.

Cuando Donald hubo abandonado la estancia, Thomason se acercó a uno de los ventanales, los únicos de todo el edificio que no tenían reja, asomándose al patio. Vio la sólida silueta de Donald atravesarlo, subir después al coche, que se puso en marcha, saliendo luego por el portalón de la Penitenciaría. Todavía, mientras el vehículo fue visible por la autopista que conducía a Los Ángeles, hasta que desapareció en la primera curva, Thomason lo siguió con la mirada, con el rostro vacío de expresión.

Luego, abandonó la ventana, se acercó al teléfono y lo descolgó:

—Número 2B-6458 de Los Ángeles. Línea directa para mí.

—Bien, señor.

Poco después, una voz gangosa sonaba al otro lado del hilo.

—¿Hello?

—Aquí, Richard.

—i Ah! ¿Cómo ha ido?

—Bien. Apareció ahorcado, como acordamos.

—¿Y el sustituto?

—Escapará esta noche.

—O.K. Le esperaremos.

—¿Algo más?

—Nada.

Y cortó.

Thomason, sin poderlo evitar, sostuvo el micro-teléfono contra su rostro, durante unos segundos más.

CAPÍTULO II



pesar suyo, Harry estaba nervioso.

Y no era que no estuviese acostumbrado a bogar en toda clase de mares, hablando naturalmente en metáfora; pero, de todos modos, no podía dejar de mirar hacia la pared donde, momentos antes, colgaba el cuerpo del hombre al que tenía que sustituir.

No habían empezado las cosas demasiado bien.

Durante un buen rato, se dejó arrastrar por aquellas ideas pesimistas, llegando a imaginar que iba a caer en el más estúpido cepo que se hubiese tendido a un agente de la policía.

Pero… ¿y Callowan?

Lo admiraba demasiado para no tener confianza en él, aunque si algo entraño había ocurrido, ni el mismo Donald estaría a tiempo para evitar lo que podía derivarse de una equivocación tan grave.

Por fin, pensando en lo que debería pasar aquella noche, se tranquilizó y decidió que lo mejor era dormir, cosa que hizo después de la comida de mediodía.

Cuando le sirvieron la cena, no había salido de la celda en todo el día, se dio cuenta de que el momento de actuar se acercaba. Conocía el plan de Donald perfectamente y sabía cuál sería el instante preciso en que la máquina del poderoso plan del «patrón» debía ponerse en marcha.

Y el momento llegó.

Oyó los pasos del guardián que se acercaba a la celda. Luego se encendió la luz y la llave giró en la metálica cerradura, con suavidad.

— ¡Eh, tú!

Harry se levantó, aparentemente malhumorado.

—¿Qué pasa?

—El director te llama. Vamos.

Como una exhalación, el joven agente de la SIP se lanzó sobre el otro, propinándole un golpe en la nuca que lo hizo perder el conocimiento de una manera fulminante.

Arrastrando el cuerpo inerte, lo colocó junto al camastro y salió de la celda; luego apagó la luz interior. Se había apoderado de la pistola del guardián y la empuñaba, aunque sabía que no se vería obligado a utilizarla, ya que el plan estaba perfectamente preparado.

La galería se hallaba desierta.

Harry la cruzó velozmente, dirigiéndose hacia la puerta que conducía a la enfermería.

Había pasado semanas y semanas estudiando, en Washington, ante la mirada severa del jefe, los planos de la Penitenciaría del Estado de California y podía decirse que se sabía el edificio de memoria, tanto como el que lo había construido.

No dudó, por eso, ni un solo instante, una vez llegado al pasillo de la enfermería, en tomar el de la izquierda que, pasando por el arco que sustentaba las cañerías del depósito del agua, conducía a una parte del patio que daba directamente a una de las pequeñas puertas de acero que, corno las demás…, se encontraría abierta por orden del director.

Todo estaba en silencio.

Harry atravesó el pasillo y salió al patio, pegándose a la pared para evitar que le viesen los centinelas de lo alto del muro. Pero logró atravesarlo sin novedad.

Una vez fuera, se orientó, caminando por un pequeño bosquecillo, donde tenía que haber un vehículo esperándole. Un coche de «ellos».

Donald había comunicado, con aquella habilidad suya, en los medios de Los Ángeles, que la fuga de Charles Hunston estaba preparándose. Y ellos no pedían dejar de ayudar a aquel hombre que tanto les interesaba. Por ello, Harry podía estar seguro de la existencia del vehículo. Un coche que esperaba cada noche, con paciencia, a que Hunston acudiese a la cita.

El coche estaba allí. Tenía todas las luces apagadas y se hallaba a la sombra de la incipiente luz lunar que, de vez en cuando, vencía el denso celaje de las nubes.

Avanzó hacia el vehículo.

Estaba plenamente convencido de que en el momento que el coche se pusiera en marcha, empezaría la «verdadera» aventura.

Decidido, salvó la distancia que le separaba del vehículo; pero cuando, al estar junto a él, tropezó con el cuerpo que la sombra le había impedido ver hasta entonces, volvió a tener la sensación de que «algo» marchaba mal, más aprisa que los acontecimientos previstos por Donald.

Sus reflejos fueron rápidos y empezó a volverse cuando la presión de un cuchillo, cuya punta penetró un poco en su piel, detuvo su movimiento.

— ¡Quieto!

Era una voz tranquila, con un tono corriente, el mismo que hubiese utilizado para decir «buenos días».

—Dame la pistola..., por el cañón.

Harry obedeció.

—Vuélvete.

Lo hizo, y entonces la luz de la luna, por un capricho absurdo, iluminó el rostro del otro, delatando su conocida identidad.

— ¡Doma!

Una doble hilera de dientes blanquísimos se dejó ver; luego el otro habló:

—Sí, amigo mío: Leo Doma en persona.

Y después de una pausa:

—¿Sabes que he tenido una idea estupenda eligiendo esta noche para fugarme?

—Yo también me he fugado.

—Ya lo sé; pero tú —señaló el vehículo y el cadáver tienes muchos amigos y yo ninguno: Doma trabajó siempre solo.

—¿Por qué lo has matado? ,

—Se puso un poco pesado, Al principio, se portó correctamente. Luego, cuando le hice ciertas preguntas, con toda amabilidad, empezó a agriarse. ¡Me fastidian los tipos con mal humor! Tuve que enviarle al otro barrio...

—Cometiste un error.

Harry intentaba ganar tiempo, esclarecer un poco sus ideas y librarse de aquel peligroso asesino que iba a echar por tierra todos los planes de la SIP, cuidadosamente elaborados.

—¿Por qué?

—Porque él nos hubiese conducido a un sitio, seguro. Ahora ¿qué vamos a hacer?

El otro se encogió de hombros; luego respondió:

—Pues ir al sitio donde pensaba llevarme este tipo.

—¿Te lo dijo?

—Se puso un poco pesado; pero cuando le corté el lóbulo de la oreja derecha, para demostrarle que también yo sé enfadarme, habló por los codos.

Harry se estremeció.

Conocía la fama de aquel criminal, cuyo caso había estudiado en Washington, como uno de los más terribles de la casuística criminal de los últimos tiempos.

—Después se puso romántico y no tuve más remedio que complacerle.

—¿Com...placerle? —se asombró Trumper.

—Sí. Empezó a lloriquear, diciendo que sus jefes iban a enfadarse en serio. Temía que le matasen y le torturasen, aunque esto último era lo peor. Por eso, para ahorrarle sufrimientos y complicaciones, le degollé.

Hablaba de aquellas cosas con el mismo tono neutro de voz, como si estuviese charlando de las próximas carreras de caballos.

—Así que no tienes que preocuparte por nada, Hunston. Iremos a ver a tus amigos y les diré que me echen una mano también a mí.

Harry creyó que había llegado el momento.

Su brazo derecho no hizo más que un ligero movimiento hacia atrás, iniciando un ademán de ataque, frustrado al instante.

No pudo hacer más.

La pierna izquierda de Doma salió disparada y la bota de presidiario chocó contra la tibia derecha de Harry, arrancándole un grito de dolor.

Leo le miró, sonriente.

—¿Por qué quieres sufrir, muchacho? ¡De verdad que te aprecio!

Trumper tragó saliva, con visible dificultad.

Y el otro, sin inmutarse, continuó:

—Vamos. No conviene que esa gente de la alarma antes de que estemos lejos de aquí. Ya hemos perdido mucho tiempo.

Harry, sin dejar de cojear, entró en el coche y el otro le señaló el volante.

—Conduce moderadamente —dijo—: ni muy despacio ni muy de prisa. ¿Entendido?

—Sí.

Harry, mientras conducía, pensó que todo se había venido abajo, ya que el plan iba a cambiar bruscamente de dirección. Si Doma le llevaba junto a los «otros», habría ocasiones de que ellos quitasen de en medio a aquel asesino, aunque bien podría ocurrir que se alegrasen de tenerlo a su lado.

¿Qué diría Callowan al enterarse de que la fuga había sido doble?

Tardaron cerca de una hora en llegar a Los Ángeles. Una vez en los barrios extremos de la ciudad, Doma indicó:

—Toma ahora a la derecha.

Era una calle amplia y bien iluminada. Se cruzaron con otros vehículos.

—Para ahí, detrás de ese De Soto.

El coche señalado por Leo estaba en un aparcamiento, frente a la entrada luminosa de un dancing- club, cuyo nombre parpadeaba insistentemente en la fachada:

«PARADISE»

—Un sitio evocativo, ¿verdad? —bromeó el asesino señalando el establecimiento.

Y como Harry no dijese nada siguió:

—El del coche debe de estar en otro Paraíso, quizá menos iluminado que éste.

Bajaron y, pegados a la pared, llegaron hasta una puerta pequeña, que debía ser la del personal y los artistas.

—¡Vamos!

Harry vio que el otro seguía empuñando el cuchillo y la luz violenta de la entrada le hizo ver que el arma estaba aún manchada de sangre.

No pudo evitar un estremecimiento.

El pasillo terminaba ante una puerta sólidamente cerrada y con un ventanillo que se abrió cuando Harry, a instancias del otro, pulsó el timbre que había a un lado.

Un rostro patibulario apareció al otro lado.

—¿Qué quieres?

—Soy Hunston,

—Ya lo veo… ¿Y Tommy? ¿Dónde está? Debía venir contigo.

—Está aquí —mintió Harry.

El ventanillo se cerró.

—Bien hecho, jovencito —dijo Doma.

Casi en seguida, la puerta se abrió y el hombre palideció al ver el rostro del acompañante del falso químico.

—¿Eh…? —empezó a decir.

Pero Leo no le dio tiempo a más.

Un puñetazo hizo que el hombre se desplomase a sus pies.

—Cierra la puerta.

Harry obedeció y el otro le hizo un gesto para que le precediese en el nuevo pasillo que se extendía ante ellos. Al final una puerta con marco de cristal pulimentado sobre la que se leían las letras de «Privat».

—Llama —ordenó Doma.

El agente de la SIP llamó suavemente.

—¡Adelante!

Entró primero Harry y después Doma, que cerró la puerta tras de sí.

El hombre, obeso y elegantemente vestido, que estaba detrás de una mesa llena de papeles, abrió la boca con un gesto de sorpresa al ver a Leo, cuya fotografía había aparecido, durante cerca de un año, en todos los periódicos del país.

—¡Doma! —exclamó, por fin, tragando la saliva con penosa dificultad.

Leo se sentó, haciendo un gesto para que Harry le imitase.

—Sí, soy yo —repuso.

—¿Y Tomrny? —inquirió el hombre, mirando a Harry.

—Le despaché yo —dijo el pistolero, viendo que el otro se estremecía; luego continuó— También he tenido que dormir un poco a ese oso que tienes en la puerta.

—¿Anthony?

—No sé cómo se llama. Tiene aún para media hora.

El hombre del despacho estaba visiblemente nervioso y no sabía qué postura adoptar, como si el fondo de su asiento se hubiese calentado de improviso, repentinamente, al rojo vivo.

Tardó bastante en poder decir:

—¿Qué quieres, Doma?

—Eso es hablar. Antes que nada, sírvenos un buen whisky: el mío sin agua, y unos cigarrillos de verdad. Los que daba el puerco del director eran de paja.

El hombre obedeció y cuando Doma hubo lanzado algunas bocanadas de humo azul hacia el techo dijo:

—Lo que ha ocurrido no debe extrañarte…, no sé cómo te llamas.

—Alfred Cummings.

—Bien. Decía que no debes extrañarte, amigo Alfred, Este amigo y yo coincidimos, sin ponernos de acuerdo, en el momento de la fuga. Yo llevaba meses preparándola, él no sé cuánto. Cuando vi el coche junto a la autopista, me imaginé que esperaba a alguien y esperé yo también.

Se recostó en el cómodo sillón.

—En cuanto a lo que deseo, nada más fácil, hermano… Salir de Estados Unidos y, si es posible, de la Tierra. Tengo entendido que Venus es un planeta donde un hombre como yo puede abrirse camino.

—¿Venus? ¿Cómo sabes…?

—¿Crees que Doma es tonto?

—No, pero…

—Yo sé muchas cosas, pero no temas: Doma no tiene nada de chivato. Lo que quiero es ponerme fuera de las zarpas de esos cerdos de

la SIP.

Harry tuvo que evitar un gesto.

Las palabras del pistolero parecieron tranquilizar un tanto al hombre del despacho, ya que hasta se permitió el lujo de sonreír.

—Eso que quieres tiene muy buen arreglo —dijo.

—Mejor para todos.

Alfred se volvió al otro:

—En cuanto a usted, Hunston, lo tenemos todo preparado. Mañana por la mañana saldrá de aquí...

-—Conmigo —cortó Doma.

—¿Eh?

—Sí. Yo no puedo fiarme de vosotros, al menos por el momento. Sé que vais a llevar a este tipo a Venus y prefiero hacerlo en su compañía. Siempre es más agradable viajar al lado de una persona inteligente. ¿Quién sabe si hasta puedo empezar a interesarme por la química?

Unos pasos en el exterior hicieron que Harry mirase hacia la puerta. El sonido clásico de una pistola que se montaba llegó hasta el interior del despacho.

—Debe de ser ese oso de la puerta —dijo Doma, sin moverse—. Dile que pase, Alfred.

El interpelado dudó unos instantes; después de un breve rato exclamó:

—¡Pasa, Anthony!

La puerta se abrió y el hombre apareció, con los ojos inyectados en sangre y empuñando la pistola. Miró a Leo, como si quisiese comérselo con los ojos.

—Cálmate, imbécil —dijo éste.

El hombre miró al del despacho.

—¡Déjeme darle lo que se merece, patrón!

—Pero ¿no me conoces?

—¡Claro que te conozco! Sólo que a mí no me das miedo, Doma. Tú eres de los que clavan el cuchillo por la espalda.

— ¡Déjanos tranquilos! —rugió el patrón.

—Un momento...

Doma se había puesto en pie y miraba al otro, sin molestarse en seguir los nerviosos movimientos de la mano armada, cuyos nudillos se tornaban rápidamente blancos.

De repente, la detonación ensordeció a todos y el humo de la pólvora cubrió un cierto tiempo la escena, pero no fueron más que un par de segundos.

Anthony yacía, de rodillas con un cuchillo clavado en la garganta,

su rostro expresaba un estupor inenarrable y sus grandes ojos estaban desmesuradamente abiertos.

Seguía empuñando la pistola, pero sus brazos pendían, tocando la lujosa alfombra que cubría el suelo y que se iba tintando de rojo a medida que la sangre caía desde el cuello de aquel desdichado.

Hasta que se desplomó, por completo, quedando encogido a los pies de Doma.

Harry miró él rostro del asesino, sin que viera un solo músculo contraído. .

Leo se volvió hacia la mesa de despacho.

—No me gusta la gente que desprecia mi nombre.

Y señalando al muerto, sin dejar de mirar a Alfred.

—¿Quieres decir que limpien la alfombra, hermano…?

El del despacho tenía la frente empapada en sudor y las gotas brillaban bajo la luz de la lámpara que había sobre la mesa.

—Sí… —acertó a articular.

Y después de llamar por el interfono, se volvió a Doma.

—¿No podíamos pasar a otra salita? Me ahogo aquí.

—Como quieras.

Leo se agachó y arrancó el cuchillo de la garganta, limpiándolo en el traje del muerto. Después siguió a los otros.

La salita donde fueron era coqueta y no estaba insonorizada como el despacho, ya que se oían los lejanos compases de la orquesta.

—Tienes que procurar que nos den algunas ropas de persona, Alfred —dijo el pistolero—. Además estoy sin dinero y necesitaré algunos dólares. ¿Cuándo has dicho que salimos para Venus?

—Mañana —suspiró el otro.

—Bien. Creo que lo voy a pasar estupendamente.

CAPÍTULO III


UANDO sonó el teléfono de la mesa de Thomason, el director de Penitenciaría de los Ángeles, éste tuvo la intuición de que se trataba de una llamada de larga distancia y que, en ese caso, no podía ser más que de Washington.

Y más concretamente del «patrón» de la SIP.

—¿Thomason?

—Sí, el mismo.

—Aquí Callowan. ¿Cómo demonios consiguió escaparse esa fiera de Doma?

—Todavía no lo sé, señor, ¡Es inexplicable!

—¡Justo cuando nos convenía que Hunston saliese solo! ¿Se da cuenta de las complicaciones que puede tener todo esto para nosotros?

—Estoy desolado, señor Callowan.

Éste exclamó:

— ¿Sí que adelantamos mucho con eso? Uno de mis mejores agentes se encuentra en peligro por una estúpida fuga que no debía haberse producido nunca. ¿Cree que Doma lo dejará tranquilo?

—No lo sé...

—Además, según he sabido por la comunicación que envió aquí, ese criminal empezó nada más salir, por matar al enlace que debía recoger a nuestro hombre. Algunos agentes míos andan por Los Ángeles. Porque comprenderá que todo el plan se ha venido abajo y que lo que interesa ahora es salvar a ese hombre.

—Lo comprendo.

—Quiero que envíe algunos de sus hombres a Los Ángeles. Hay que vigilar todos los garitos de la periferia y sacar a Trumper del atolladero en el que se encuentra.

—Haré lo imposible, señor.

—Bien. Comuníqueme lo que ocurra. Yo, en vista de nuestro fracaso, saldré para Venus dentro de una semana.

—De acuerdo.

Callowan colgó el aparato y Richard hizo lo mismo, sacando el pañuelo con el que se secó la sudorosa frente.

¡Maldito Doma!

Porque, por encima de lo que Callowan pudiese enfurecerse, Richard no sabía si temer más a los otros, a los que no se había atrevido a llamar aún, pero que no tardarían en decirle lo «contentos» que estaban con él.

Todo hubiese salido perfectamente, ya que sus amigos estaban enterados de que la persona que huyó de la penitenciaría no era el verdadero Hunston, puesto que éste había sido ejecutado en silencio, haciendo pasar su muerte por un suicidio.

El teléfono repiqueteó nuevamente y esta vez Richard se echó a temblar.

—¿Diga? —llegó a decir cuando descolgó el aparato.

—Aquí, Cummings... ¿Es línea directa?

-—Sí, Alfred.

—Bien. ¿Te das cuenta en qué clase de jaleo nos has metido, imbécil?

—Yo...

—¡Dejar que Doma saliese al mismo tiempo que ese tipo!

—Pero ya sabéis que no es el verdadero químico.

—¡Por eso, precisamente! El jefe tenía su plan y ese agente iba a desaparecer para siempre. Ahora no puede ser.

—¿Por qué?

—¡Porque Doma está convencido de que es el verdadero Hunston y cree que mientras lo tenga a su lado nos sacará todo el dinero que quiera! ¿No lo comprendes?

—A duras penas...

— ¡Además de idiota eres un retrasado mental, que viene a ser lo mismo! Doma sabe el interés que nosotros teníamos por liberar al verdadero químico. Ignora que se tuvo que sacrificar para que la SIP no le sacase ciertos datos que nosotros no queríamos que se supiesen. El plan se desarrolló bien, ya que conocíamos las intenciones de ese Callowan de todos los demonios.

»Al saber también que Callowan nos enviaba un falso químico, nos cubríamos perfectamente de todos los riesgos. El agente de Callowan hubiese hecho, sencillamente, un viaje de ida solo a Venus. Allí habría desaparecido para siempre.

»Pero tu imbecilidad, al no tener bien organizada la prisión, nos ha metido de lleno en un jaleo del que no sabernos cómo vamos a salir.

—¿Es que tenéis tanto miedo a Doma?

—¡No es eso! Doma tendrá que caer, pero nos costará mucho sorprender a un tipo como él. Está acostumbrado a dormir como las liebres, con un ojo abierto. Lo peor es que el agente seguirá vivo y que ese imbécil de Doma va a protegerlo, haciéndolo entrar en News States.

— ¡Matadlos a los dos!

—Ése es nuestro plan, pero ya he dicho que Doma, al que debías conocer mejor, no es un hombre cualquiera.

—¿Dónde está ahora?

—No lo sé. Salió con el otro, en espera de que llegue la hora de salir para Venus.

—¿En... vuestra astronave?

—Claro.

—No será difícil, durante el viaje, acabar con los dos.

—¿Crees que somos tontos? El jefe me ha hablado y ya hemos preparado una buena sorpresa en la cabina que les será destinada. No, no llegarán con vida al planeta.

—Eso lo resuelve todo.

—Para nosotros, sí, Pero quedas tú. El jefe está que echa chispas y te aseguro que no saldrás bien de ésta.

Richard tragó saliva con dificultad.

—¿Qué puedo hacer...? —balbució.

—No equivocarte otra vez y procurar darnos informes sobre las intenciones de la SIP.

—Ya los tengo.

—¿De veras?

—Sí. Callowan saldrá para Venus dentro de unos días.

—Bien. Procuraremos que no vea nada. Lo bueno del planeta es que nosotros somos los dueños absolutos de todo y que nadie, sin nuestro permiso, puede entrar en las zonas de trabajo.

—El podrá hacerlo.

—Ya lo sé, pero le haremos ver lo negro blanco. Necesitamos, ante todo, y ésa es la base de nuestro triunfo, que no informe mal a la oficina de Inmigración. Si nos cortan los suministros de colonos, el asunto se vendría abajo.

—Lo comprendo.

—Voy a comunicar al jefe lo de Callowan. Creo que le interesará.

—Haz el favor de decirle que lo siento muchísimo. La verdad es que no acabo de explicarme cómo pudo escapar Doma.

—Deja de preocuparte ya de eso, pero ten más cuidado otra vez. De Doma y el otro nos encargaremos nosotros.

Y colgó.

Richard lanzó un suspiro de satisfacción.

* * *

Sentado junto a la ventana del hotel donde se albergaban, Leo Doma limpiaba cuidadosamente sus armas. Se había entretenido, primero, en desmontar la pistola y ahora limpiaba el cuchillo, sacándole brillo por todas partes.

Harry, echado en su lecho, miraba al pistolero, fumando un cigarrillo, en silencio.

A pesar de ser un hombre templado en la lucha, Harry sentía intranquilidad al lado del otro, cuyos procedimientos le hacían estremecer. Le había visto matar al hombre del «Paradise» y no comprendía una frialdad tan inhumana.

Cuando leyó la historia de aquel hombre, que habla aparecido hacía relativamente poco en el mundo de los sin ley, en los archivos de Washington, vio que los informes médicos coincidían en asegurar que Leo Doma estaba enfermo, gravemente enfermo, de la mente. Había cometido una serie de delitos, todos ellos sangrientos, demostrando una especie de pasión por el asesinato.

Harry oyó decir a Callowan que no habría paz entre los hombres mientras tipos como Doma existiesen.

En un año se hizo tristemente célebre, adquiriendo una fama que muchos delincuentes no habían logrado en una vida entera de fechorías. Y era que los procedimientos de Doma llevaban un sello especial, algo personal y escalofriante...

—¿Así que tú eres el célebre químico que fabrica la droga para estos tipos?

Harry no contestó.

-—Debe ser un asunto bonito-—Doma sonrió—.

Yo no tuve tiempo de estudiar mucho, pero me hubiese gustado hacerlo.

—¿Cómo llegaste a eso...? —se atrevió a inquirir el agente.

—¿A qué?

—A... eso. A convertirte en un hombre peligroso.

Doma dejó de limpiar el cuchillo y miró al joven. La expresión de su rostro era tan neutra como el tono de su voz;

—Yo fui un cobarde de pequeño... Todos abusaban de mí y no tendría memoria suficiente para recordar las palizas que he recibido. Eso duró mucho tiempo... Hasta que un día, la esperada ocasión se presentó...

Hizo una pausa y su mirada se fijó en el brillo de la hoja del arma que tenía en la mano.

—Un amigo me había regalado un cuchillo... y lo usé. Al darme cuenta de lo sencillo que era ser fuerte, de lo fácil que resultaba imponerse, se acabaron para mí las miserias que había tenido que soportar tantos años... ¿Lo comprendes, verdad?

—Sí. O, al menos, intento comprenderlo.

Doma escupió.

—Para vosotros, gente que nunca habéis conocido la miseria, el camino ha sido fácil. Tú, por ejemplo, con tus estudios, puedes ganar el dinero a puñados... ¿Cuánto te pagan esos tipos?

—Eso depende.

La luz, en los ojos de Doma, se encendió.

—¡Quiero que me contestes concretamente! ¿Cuánto?

—Es que no puedo darte una cifra exacta, ya que unas veces me dan más —mintió el agente— y otras menos. Tres mil dólares por kilogramo.

-—¿Cuánto tardas en preparar un kilo?

—Ocho días.

Leo sonrió.

—¡Eso es muy poco! Desde ahora, cobraremos diez mil dólares por kilo.

—¿Eh?

—¿Te extraña? Es verdad que no te lo había dicho aún. Pero ya es hora de que lo sepas: somos socios.

—¿Tú... y yo?

—Sí. ¿Te disgusta la idea?

— ¡Hombre!

—Bien. Tú fabricarás esa porquería para ellos y yo haré que nos paguen más y, al mismo tiempo, seré tu protector.

—No necesito protección alguna: ya soy mayorcito.

—Lo crees así, pero me das idea, al verte, de que no sabrías salir bien de todo esto, ¡Te protegeré, Hunston!

Harry estaba molesto por todo aquello.

Comprendía perfectamente que Doma estaba estropeándole el plan, ya que se había cruzado en su camino, impidiéndole entrar en franca relación con los otros e investigar, como Callowan le había ordenado.

Estaba dispuesto a escapar de Doma en cuanto fuese posible, o matarlo, si no hubiese otra salida.

Después de todo, eliminar a un asesino como aquél evitaría

muchas molestias a los tribunales que estaban estudiando su caso.

—¿En qué piensas?

—En nada.

Doma sonrió.

—Quiero advertirte una cosa, hermano... No intentes nada contra mí. Porque yo me daré cuenta de lo que quieras hacer antes de que puedas llevarlo a cabo. Y me disgustaría tener que rebanarte el pescuezo... ¡palabra! Te he tomado simpatía, de verdad... ¡cosas que ocurren en la vida!

* * *

El astrocohete era potente, moderno y se diferenciaba mucho de los de tipo comercial.

Harry admiró sus líneas modernas, su brillo plateado y sus tensores de popa, especialmente dispuestos para el aterrizaje vertical.

El vehículo que les conducía hasta el espaciódromo particular, les dejó no lejos de la nave del espacio.

Alfred Cummings les acompañaba.

El obeso gerente del «Paradise» seguía sudando, como de costumbre, empapando pañuelo tras pañuelo. Les precedió hasta la escalerilla, conduciéndolos después por el interior, a la vez que hacía resaltar la magnificencia de la lujosa instalación.

Luego les condujo a la cabina.

—Aquí —dijo, mostrándoles la estancia, con dos camas y armarios empotrados— estaréis bien.

Ambos miraron a su alrededor.

—¡Buen sitio! —dijo Doma.

Y se sentó en uno de los lechos, probando su blandura.

—Mucho mejor que los catres de la Penitenciaria, ¿eh, Hunston?

—Sí.

Cummings intervino:

—Ya sabéis que el control de pasajeros y carga se hace en Luna-Primero la Base donde las autoridades registran todos los astrocohetes que salen o llegan a la Tierra. Tendré que ocultaros en un sitio seguro.

—¿Dónde? —inquirió Leo, con un brillo de desconfianza en los ojos.

—Debajo de los reactores. Es un sitio que utilizamos para pasar las cosas de contrabando.

—¿La droga también?

—Si —repuso el otro, de mala gana.

Leo sonrió.

—Me parece estupendo. ¿Es grande ese espacio?

—Bastante.

—¿Suficiente para tres?

Cummings frunció e¡ entrecejo.

—¿Para... tres?

Sí. Tú estarás a nuestro lado. ¿O me has tomado por un idiota, Alfred?

-—Pero...

—¡Nada de peros! ¿Te imaginas que te diese por decir a la «poli» que sospechas la existencia de unos polizontes...?

—¿Estás loco? ¡Hunston nos conviene y no podríamos entregarlo después de haber facilitado su fuga!

—Es verdad... pero no me fío. Ya lo sabes: estarás, junto a nosotros. Así podré hacer que mis nervios reposen.

—Yo..,

La mano derecha de Leo salió disparada, golpeando con el dorso el rostro de Cummings, que palideció intensamente.

—¡Ya sabes que no me gusta que me contradigan, cerdo!

Alfred bajó la cabeza.

—-Está bien. Como quieras.

Y salió.

Estaba tan furioso que pensó utilizar el procedimiento que le había ordenado el jefe, pero pensó que no podía hacerlo hasta que hubiese abandonado Luna-Primero, puesto que le sería prácticamente imposible deshacerse de los dos cadáveres.

Karl Breston, su hombre de confianza, estaba en la sala de mando, junto a los pilotos.

—¿Qué pasa, señor Cummings? —inquirió el hombre, al ver la expresión hosca del rostro de su jefe.

—Ven conmigo.

Pasaron al despacho del capitán de la astronave y que ocupaba Alfred durante el viaje.

Una vez sentados:

—Tendrás que sustituirme en el papel de comandante, Karl.

—¿Yo? —se asombró el otro.

—Sí. Doma se ha empeñado en que me meta con él en el depósito que ya sabes.

—¿Cómo? ¿Ha dicho eso?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque cree que voy a entregarlo a la policía de Luna-Primero.

Karl cerró los puños.

—¡El muy cerdo! ¡Deje que me ocupe de él, jefe!

—No, no es el momento. Les preparo una sorpresa para después. Tendremos que tener un poco de paciencia.

Alfred se secó el sudor de la frente.

—Es un nombre muy peligroso, Karl; tenemos que obrar con muchísimo cuidado, ¡Pero no escapará! ¿Sabes qué clase de sorpresa le ha destinado el patrón?

—No.

Hicimos perforar la segunda lámina del tabique de la cabina. Cuando hayamos abandonado Luna- Primero, camino de Venus, dejaremos que el frío exterior penetre en la cabina de esos dos imbéciles. ¿Sabes lo que pasará?

—Se helarán.

—Eso es. Y ese imbécil de Doma caerá en el cepo como un novato. Tú mismo te ocuparás de hacerlo.

—¿Cómo?

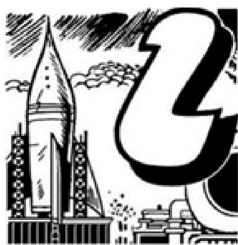
—-Hay un botón rojo en la cabina de mando, detrás de los televisores de los pilotos. Cuando nos hayamos alejado de Luna-Primero, oprimes el botón.

Karl sonrió.

—¡Y con qué gusto lo haré!

—Así habremos acabado con los dos: con Doma y con ese agente de la SIP, que nos ha tomado por tontos.

CAPÍTULO IV



A nave del espacio se había detenido, pegada su proa al centro magnético de Luna-Primero. La Base de control para la navegación cósmica.

En el depósito especial, bajo los reactores, donde se suponía que había oxígeno líquido, los tres hombres se hallaban inmóviles, esperando que el registro de los «carabineros del espacio» terminase.

—¿Dura mucho esto? —inquirió Doma. Cummings, que no hacía más que secarse él rostro, debido al calor que reinaba allí dentro, repuso—: Media hora.

—Está bien este depósito ¿hay más?

—-Sí. Cuatro en total.

—¿Y... van llenos?

—Sí.

—.¡Buen asunto! Tendré que hablar con vuestro jefe para convencerle de la necesidad de tener un socio como yo.

»¡Pronto acabarán tus fanfarronadas, Doma!» —pensó Alfred —.«Dentro de poco, cuando regreses a tu cabina, se terminarán todas tus ambiciones de golpe».

Y no pudo por menos que sonreír.

—¿Sabes que me estás resultando un tipo simpático, Alfred? —dijo. Doma, sonriendo también.

Cummings se sintió nervioso.

—¿Sí? —inquirió.

—Sí. Hasta me pesa, haber desconfiado de ti ¡Eres un chico listo!

—Hago lo que puedo.

—-Lo sé. Y el patrón debe estar contento con tus servicios. Se te ve una cara de muchachote obediente.

—Me gusta la disciplina.

— ¡Bien hecho! Yo no he estado nunca en el ejército, pero he visto muchos desfiles y me he dado cuenta que la disciplina es el todo.

¡Obedecer! ¡He ahí la cuestión!

—¿También te gusta obedecer a ti, Doma?

El pistolero se encogió de hombros.

—Yo soy diferente. Siempre he trabajado solo y no sé aún lo que es seguir las instrucciones de nadie: no sé si me acostumbraría.

Cummings, divertido, pensó que no costaba nada seguir la broma.

—Pues si quieres trabajar con nosotros, tendrás que aprender a obedecer,

—Lo intentaré. ¿Cómo es el patrón?

—-Un tipo estupendo, pero con muy mal genio, No admite equivocaciones.

—¡Bien hecho! Aunque supongo que no le habrá sentado muy bien el que yo me metiese en todo esto.

—No, no le ha sentado nada bien.

—¡Es natural.

Hubo una pausa; después, bruscamente.

—Oye, Alfred.

—¿Qué?

—¿Cómo te ha dicho que tenías que eliminarme?

Cummings se estremeció y el sudor aumentó de una manera formidable.

—¿E... liminarte has dicho?

—Claro. Un tipo como él, amante de la disciplina y que no tolera equivocaciones, que estará furioso, además, por mi intromisión, tiene que haber pensado en la manera de deshacerse de mi poco recomendable presencia. ¿Cómo piensa hacerlo, Alfred?

El otro no contestó, limitándose a secarse el rostro empapado,

—¿No somos amigos, Alfred? ¿Por qué no te confías a mí?

—El jefe no quiere eliminarte.

—¿De verdad?

—Sí.

—Eso es otra cosa... ¡Buen chico! Seguro que nos entenderemos los dos a maravilla.

Encendió un cigarrillo, recostándose en el fondo del depósito.

Hubo un largo silencio.

Después, el ruido de los motores atómicos, al ponerse en marcha, hizo que todo el astrocohete vibrase.

Alfred respiró, con cierta alegría.

Estaba deseando alejarse de aquel tipo, no volver a verlo más, olvidarse de que había existido. Le ponía los pelos de punta la

presencia de aquella especie de bloque de hielo que era Doma,

Cuando la nave inició la marcha, se levantó:

—Bueno —dijo—, ya ha pasado el peligro. Te habrás dado cuenta, Doma, que no tenías motivos para desconfiar de mí.

-—Perdona, amigo. Sé que soy un poco raro, pero has de comprender que la vida me ha enseñado mucho... y nada bueno respecto a mis semejantes.

Alfred asintió:

—Lo comprendo. ¿Vamos?

—Cuando quieras.

Harry se levantó también, siguiendo a los otros dos.

Atravesaron las complicadas estructuras de la sala de máquinas, subiendo por una serie de escalerillas metálicas, hasta que llegaron al alfombrado pasillo del puente.

—¿Cuándo se come en este cacharro? - —inquirió Leo.

—Voy a hacer que os sirvan la comida en vuestro camarote — replicó Cummings,

—Bien.

Pero apenas habían andado media docena de metros, cuando Doma, tocando el hombro del obeso, dijo:

—Oye, Alfred. ¿Por qué no nos enseñas tu camarote?

—¿Para qué?

—Simple curiosidad. Podías invitarnos a un trago allí y luego regresaríamos al nuestro. Un buen trago me abrirá el apetito.

—Como quieras.

Les llevó hacia proa, penetrando en el elegante camarote que correspondía al comandante de la nave, puesto que ocupaba Alfred en aquellos instantes.

—¡Fantástico! —se asombró Doma—. ¿No es verdad, Charles?

El agente asintió.

—Es muy elegante.

— ¡Y que lo digas! Quizás hable al patrón para que me confíe el mando de una nave como ésta,.. Aunque, ¡qué estúpido soy! La «poli» me conoce demasiado y no podría hacer más que un viaje,

«Ten paciencia —se dijo Alfred mientras servía las bebidas—, pronto harás un viaje sin vuelta».

Estaba impaciente, deseoso de terminar la «labor» que el jefe le había encomendado. En cuanto los tuviese encerrados en la cabina y Kart oprimiese el botón rojo, detrás de los televisores, iría la «radio» para enviar un mensaje cifrado a News States, comunicando que el falso químico y el temible pistolero habían dejado de existir.

Sirvió los «whiskies».

—¡Un excelente bar! —exclamó Doma, siempre admirativo.

Harry bebió en silencio.

Sus preocupaciones eran de otro género y no dejaba de pensar en lo que debería hacer, una vez en Venus, para librarse de la molesta presencia de Doma y poder, trabajando con los traficantes, investigar lo que Callowan le había ordenado.

Aún no había adelantado un solo paso en el cumplimiento de su misión. Y todo por culpa de Doma.

Le miró con odio, prometiéndose ajustarle las cuentas en el momento oportuno.

—¿Vamos a nuestra cabina? —inquirió Doma en aquel momento —. ¡Tengo un apetito tremendo!

Salieron. Poco después llegaban al camarote que Cummings les había destinado.

Alfred estaba radiante.

Pero su rostro cambió de color cuando, bruscamente, Doma le empujó, haciéndole entrar con ellos.

—¿Eh? —se alarmó el hombre—. ¿Qué ocurre?

Una idea mía, amigo Vamos a cambiar de cabina: la tuya me ha gustado muchísimo... con ese bar tan formidable que tienes.

—Yo...—-balbució Alfred.

No, no te molestes. Ya sé que estás dispuesto a sacrificarte por un par de buenos amigos. ¡Vamos, Harry!

— ¡¡No!!

La palidez del rostro de Cummings era tan intensa, que su cara parecía de cera.

— ¡No, Doma, no!

—Pero ¿qué te pasa?

¡Te enviaré el bar, todo lo que quieras! Pero no me quites mi cabina.

—¡Bah!

Y empujó a Harry, cerrando la puerta tras él.

Alfred se lanzó, golpeando furiosamente la pared.

—¡Abre, Doma, por favor! ¡No me dejes aquí!

El agente miró al pistolero.

—¿Por qué haces esto? ¿Te complace hacerle sufrir?

La mirada de Leo se hizo glacial.

—No creía que fueses tan estúpido, muchacho. Tú entenderás mucho de química, pero no lo que yo creía...

Y después de una pausa:

—Ven.

Oyeron, hasta que terminaron de recorrer el pasillo, los golpes que Alfred daba contra la puerta. Una vez en la proa, Doma le advirtió a Harry:

—Hay un tipo con el que quiero que hables desde aquí. No hace falta más que te vea. Yo estaré escondido.

—No comprendo.

—¡Obedece! Ya sé que tienes la cabeza bastante dura. Creo que ahí viene.

En efecto, se oían unos pasos, amortiguados por la alfombra.

Doma se escondió, viendo llegar a Karl, que, al ver al agente, lanzó un juramento espantoso. —¿Qué haces aquí?

Dominándose, Harry se dio cuenta de que algo grave debía ocurrir.

—Paseando —repuso.

—¿Y Doma?

—No sé.

—¿Y Alfred?

— Se ha quedado en nuestra cabina. Doma le encerró.

El otro retrocedió, como si acabase de recibir un golpe invisible en pleno rostro; después, colérico, su mano se hundió en los pliegues de su chaqueta, empuñando la pistola que llevaba en la sobaquera.

Fue entonces cuando el cuchillo silbó.

El arma se hundió en la garganta de Karl que, abriendo los ojos desmesuradamente, volvió la mirada hacia Doma, que acababa de salir de su escondrijo.

Karl se desplomó pesadamente.

Sin poder contenerse más, Harry se volvió hacia el asesino:

—¡Ya estoy harto de verte, Doma! ¿Por qué no acabas también conmigo?

El otro se encogió de hombros.

—Ven conmigo y te aclararás un poco las ideas.

Precedió al joven, deteniéndose ante la puerta de la cabina donde habían encerrado a Alfred.

—Mira —dijo, y abrió.

Una bofetada de aire helado, de frío cósmico hizo que cerrase la puerta rápidamente. Pero Harry había tenido tiempo de ver la abertura que se abría en el muro y, a su través, la negrura infinita del espacio.

—¿Te has dado cuenta?

—Sí.

—Querían terminar con nosotros..., pero ¿por qué contigo, si te necesitan?

Harry se estremeció, el otro continuó:

—Has debido hacerles algo, muchacho. Si no fuese así, se habrían limitado a matarme a mí. ¡Que me aspen si lo entiendo!

Yo tampoco —dijo Harry, con dificultad, impresionado por la verdad que había en las palabras del pistolero.

¿Sabrían por casualidad que no era él el verdadero Hunston?

¡Era imposible!

Fuera de Callowan, el director de la penitenciaría y él mismo, nadie había sido informado del cambio que se hizo.

—Vamos a ver a los pilotos —dijo Doma.

Harry le siguió, presa en un mundo de ideas contradictorias.

Pasaron sobre el cadáver de Karl y penetraron poco después en la cabina, de mando.

Los dos pilotos, así como el camarero y el cocinero, eran individuos que nada tenían que ver con los traficantes, ya que ignoraban todo de ellos.

—Ahora —les dijo Doma, tranquilamente—, somos nosotros los dueños de este aparato. ¿Hacia dónde vamos?

Los pilotos le miraron, con asombro.

—A Venus.

—¿A qué sitio?

—Al espaciódromo de News States.

Doma asintió.

—¿No hay otro sitio?

—¿Para qué?

—Para aterrizar.

—Sólo en las colinas, pero no estamos autorizados...

—¿No acabo de decir que somos los dueños de esto?

—Perdone.

—Aterrizarán en las colinas, nos ayudarán a descargar ciertas cosas y luego, con el aparato, se irán donde quieran. ¿Entendido?

Dio media vuelta y, seguido por Harry, salió nuevamente al pasillo.

—-Ayúdame a llevar este «fiambre» junto a Alfred. No quiero oler mal durante el viaje.

Una vez hubieron realizado la macabra labor, Harry inquirió:

—¿Conoces Venus?

—¿Por qué lo preguntas?

—Parecías conocer esas colinas de las que hablaron los pilotos.

—Estuve una vez, hace muchos años.

Hubo un silencio; luego, decidiéndose;

—Mira, Doma… yo te agradezco lo que has hecho por mí; pero…

—¿Pero qué?

—Deseo irme con ellos: son los que me pagan y…

Doma frunció el entrecejo.

—¿Como? ¿Es que no te has dado cuenta de que querían matarte?

—Todavía no estoy seguro. Puede ser que Alfred me hubiera hecho salir en el último momento.

—Escucha, muchacho. No sé nada de tus combinaciones, pero no me separaré de ti, ya que eres mi filón. Si ellos quieren fabricar esa porquería de cosa que tú les procuras, tendrán que ponerse de acuerdo conmigo.

—Te advierto, noblemente, que me escaparé en cuanto pueda.

—Ya lo sé, pero no te daré muchísimas ocasiones.

La astronave oficial no hizo escala en Luna-Primero y siguió su viaje, directamente, hacia Venus.

En su cabina especial, Callowan, con su amigo el doctor Stone, fumaba pausadamente un cigarrillo.

—¿Te das cuenta del lugar hacia el que te diriges? —inquirió el médico.

—Un poco.

.Venus goza del tratado de «colonia experimental», lo que quiere decir que fuera de la microscópica guarnición de policía de Venus-City, el resto está bajo el absoluto control de los grandes terratenientes, que dominan extensas zonas mineras.

—Lo sé.

— Vas a meterte en un avispero.

—También lo sé. Pero no puedo dejar a ese muchacho.

—¿Es eso sólo lo que te ha impelido a salir de la Tierra?

—No. Ya sabes que la vida de uno de mis hombres es preciosa para mí y que debo defenderla mientras sea posible; pero, en realidad, el asunto que me trae a Venus es el esclarecimiento del tráfico de estupefacientes. Ya hemos ordenado a la oficina de Control que no venda nada a nadie. El Colegio Mundial de Médicos está también de acuerdo con eso.

—¿Has cerrado el grifo?

—Eso es.

Hubo una pausa.

—Lo que no me explico —dijo el médico— es para qué necesitan tanta droga.

—Lo sabremos pronto.

—Te haces muchas ilusiones.

—¿Por qué?

—Por lo que te he dicho antes. Las zonas controladas por los terratenientes son peores que las selvas de Mercurio. La Ley que allí reina es la que ellos dictan.

—¿Y qué?

—Que no va a ser, precisamente, un paseo.

—Pues tendrá que serlo. Sólo visitando esas zonas, lograremos conocer la verdad.

—¿Piensas solicitar ayuda de las autoridades de Venus-City?

—No. No nos serviría de nada. Seguro que todos ellos reciben una buena suma de los terratenientes. No, la nave se posará lejos de las ciudades; es decir, lejos de Venus-City, pero cerca de News States.

—¡La mismísima boca del lobo!

Callowan sonrió.

—Eso es. Y si te he traído conmigo, es porque necesito tu ciencia. Yo no entiendo ni una palabra de toxicomanías y todo eso...

—Ni yo de manejar una pistola.

—De eso no te preocupes. Yo lo haré por ti.

CAPÍTULO V



IGUIENDO las instrucciones de Doma, la astronave que les llevaba aterrizó en las colinas, no lejos de un bosque que, corno todos los de Venus, estaba formado por gigantescos árboles, de hojas que caían, en ramas flácidas, hasta el suelo, formando, en el entrelazamiento, una especie de muro de verdura.

Los pilotos y el personal ayudaron a descargar lo que contenían los tanques secretos y que, como Harry vio, se trataba de cajas repletas de ampollas de «dolantina».

—¡Esto vale un dineral! —exclamó Doma.

Después, dirigiéndose a los pilotos, ordenó:

—Ya sé que son ustedes dos tipos listos. Por eso quiero que olviden que aterrizaron en este sitio. Si abren la boca, puede ocurrir que un día sea yo el encargado de cerrársela… ¿entendido?

Los hombres asintieron, en silencio.

Poco después la astronave se elevaba majestuosamente, alejándose de allí.

Leo esperó que el astrocohete desapareciese por completo; después dijo:

—Tenemos que esconder esto, muchacho.

—-¿Para qué?

—¿Cómo que para qué? ¿Es que no te das cuenta del puñado de dólares que vale todo esto?

—Sí, pero son ellos los únicos compradores.

—Ya lo sé. En eso estamos perfectamente de acuerdo; pero en lo que no lo estamos es en que yo quiero poner mi precio a esta mercancía.

—Ellos ya la han pagado.

—No importa. Ahora somos nosotros los propietarios y sacaremos una buena tajada. ¿No te parece?

Harry se encogió de hombros.

—Haz lo que quieras.

Doma sonrió.

—A veces, no te entiendo, palabra —dijo—. Me imaginaba que un tipo como tú, que se ha pasado la vida fabricando porquerías de precio, sería ambicioso y que te interesaban los dólares. Pero no eres lo que yo pensaba...

Miró fijamente al muchacho.

—¿O es que no eres el verdadero Hunston?

Harry no pudo evitar un estremecimiento.

—¡Lo soy! —replicó, con toda la energía que pudo.

—-Está bien, hombre, está bien. También podía tratarse de un hermano gemelo del verdadero Hunston. De otra manera no puedo explicarme que seas tan raro y que a veces parezca que no te interesa el dinero.

Trumper se dio cuenta de lo peligroso de aquella conversación y saltó, dispuesto a defender su personalidad.

—¿Quieres que te diga lo que me pasa?

—Sí.

—¡Que estoy harto de que me protejas, de que me trates como a un niño que no puede defenderse por sí mismo! Te has metido en mis asuntos sin que yo lo desease. ¿Y sabes lo que puede pasarme con ello? Que sospechen que me has convencido y que se acaben así todas mis ganancias...

—No te preocupes por eso: soy un contable magnífico y un estupendo hombre de negocios.

— ¡Me importa un bledo lo que seas! ¡No quiero partir las ganancias contigo!

—¿Por qué no?

—Porque me valgo yo solo para ganarme la vida.

—Eso ya lo sé, pero creo que no entiendes una palabra de negocios. Tú, especie de idiota, ganarás más que antes y yo me llevaré mi parte sin necesidad de disminuir tus ganancias, que ahora, repito, serán mayores. ¿No te has dado cuenta de que esos tipos te han tomado el pelo?

—¿A mí?

—¡Claro! Te pagaban una miseria y ellos obtenían lo que querían a bajo precio. Ahora será distinto.

Harry estaba contento por haber alejado el peligro de las sospechas del pistolero. Por eso, encogiéndose,, nuevamente de hombros, repuso:

—Como quieras.

—Así me gusta. Vamos a esconder estas cajas.

Las arrastraron, hasta encontrar un sitio, en pleno bosque, donde pudieron ocultarlas lo bastante para que no las descubriesen fácilmente.

El bosque llamó la atención a Harry.

Entrelazadas entre sí, las numerosas ramas de los árboles parecían constantemente empapadas de agua, tal era la humedad allí reinante. Y abrazadas las unas a las otras, se iban pudriendo, cubriendo el suelo con una especie de lodo en el que se hundían hasta las rodillas.

—¿Es todo Venus así? —inquirió Harry.

—Sí. Todo lo que está cubierto de árboles ofrece el mismo aspecto. Y lo malo es que los lugares de trabajo son idénticos a éste. Por eso, las condiciones de los colonos son espantosas. Y por eso también les pagan mucho: hasta mil quinientos a la semana.

— ¡Una buena suma!

—Sí. Generalmente firman un contrato de trabajo por cinco años: es más de lo que un hombre normal puede resistir.

—Lo comprendo.

Se alejaron de allí y salieron al camino seco.

En efecto, nada más que abandonar el bosque, el suelo era lo bastante sólido para poder andar normalmente, pero aún así, el aire estaba impregnado de aquella humedad que dificultaba el ritmo de la respiración.

—¿Dónde vamos ahora?

—A la carretera. Ya encontraremos un vehículo que nos deje cerca de la ciudad.

—¿News States?

—Sí.

Harry miró a su compañero con asombro:

—-¿Cómo? ¿Vamos a ir allí?

—Sí. No podíamos hacerlo con la astronave, ya que era seguro que nos esperaban... y que el recibimiento no iba a ser muy agradable, que digamos. Pero ahora iremos a ver al jefe y pondremos las cartas sobre la mesa.

—¿No tienes miedo, eh?

—No.

Anduvieron cerca de una hora hasta que encontraron una carretera asfaltada. Doma demostraba conocer bien el planeta, prueba evidente de que había estado mucho allí.

Encendieron un cigarrillo.

Poco después, un vehículo, un pesado camión, apareció en la curva de la carretera y Doma le hizo señas para que parase.

El hombre que lo conducía iba en mangas de camisa —una camisa sucia y rota—, dejando ver un par de brazos escuálidos. Su rostro estaba pálido y las pupilas le brillaban intensamente,

—¿Quieres llevamos hasta la ciudad?

—¿De dónde venís?

—Del Sector Minas. Nos vamos a la Tierra,

El asombro se pintó en el rostro del chófer

—¿A... la Tierra?

—Sí.

—Subid.

Se sentaron junto a él, y Doma, que quedó en medio, le ofreció un cigarrillo.

—Me cuesta creerlo —dijo el hombre, cuando ya el vehículo prosiguió su camino.

—¿El qué?

—El que regreséis a casa. ¿Habéis cumplid® el contrato?

—Claro.

—¿Y habéis tenido la fuerza de voluntad de ahorrar los quince mil pavos que cuesta el viaje de vuelta?

—Sí.

El hombre suspiró:

—Sois los únicos —dijo—, seguramente los únicos que habéis logrado hacerlo. ¡Cuando digo que me parece mentira!

—Pues es verdad.

— ¡Qué suerte! Si yo hubiese hecho lo mismo... —se encogió de hombros—. Pero yo he hecho como los demás. Dejarme engañar en la ciudad y gastarme todos los vales. ¿Porque no creo que os hayan pagado en dinero?

—No. Llevamos los vales para que nos los cambien.

El chófer soltó una carcajada.

— ¡Eso es otrá cosa! ¡No os pagarán! Os apuesto cualquier cosa.

—¿Por qué no lo harán?

—Porque no son tontos. ¿Es que no os habéis dado cuenta del manejo que se trae O’Leight?

—No te entiendo.

Harry, que no había intervenido para nada en la conversación, dándose perfecta cuenta de que Doma estaba sonsacando al otro con mentiras, estaba maravillado de la forma en que actuaba el pistolero.

—Es fácil —repuso el chófer—. Ellos nos pagan espléndidamente, pero como no nos dan dinero, sino vales de la Compañía de

Explotación y Colonización de Venus, nos vemos obligados a gastarlos cuando vamos a la ciudad. ¿Has estado alguna vez en News States?

—No.

—Entonces lo comprendo. Ya verás la cantidad de cosas que te ofrecen allí. ¿Y la droga?

—¿Qué droga?

—¿Cómo? ¿Vas a decir que no la has probado en tu vida?

—No.

—¿Y tú?

Harry movió la cabeza negativamente.

—¡Es formidable! —se exclamó el conductor—. ¡Sois un caso único! ¿Cómo habéis podido resistir cinco años en medio de esa asquerosa humedad sin tomar la droga?

—Éramos contables y estábamos fuera de la mina.

—No importa. No hay nadie que no la tome. Y más unos tipos como vosotros que no habéis ido nunca a la ciudad. Yo voy una vez al mes y cuando salgo de News States me parece que voy al infierno. ¡Me estáis engañando!

—No te engañamos, amigo. Hemos resistido: eso es todo.

Miró a Doma con admiración.

—Habéis tenido suerte. Seguro que seréis los únicos que se presenten en la oficina con dinero suficiente para poder pagar el pasaje a la Tierra, aunque no os dejarán iros.

—Ya lo veremos.

—¡No seáis chiquillos! ¡Buena se le armaría a O'Leight si saliese un solo colono para la Tierra! En cuanto conociesen lo que se hace aquí con los imbéciles que nos creímos todo lo que la propaganda de la Compañía decía en la Tierra... ¡Haréis vuestra fortuna! ¡En cinco años de trabajo fácil, lograréis lo que siempre soñasteis! ¡Banda de canallas! Venus es una prisión de la que nadie escapa. ¿Sabéis lo que lograréis en las oficinas?

—¿El qué?

—Firmar otro contrato por otros cinco años... y nada más.

—¡No!

—Ya lo veréis.

Doma miró a Harry y le guiñó el ojo.

No hablaron mucho más y pronto se detuvo el camión a la entrada de la ciudad. El chófer, con una sonrisa, preguntó:

—¿Me pagaréis un trago, al menos?

—Todos los que quieras. ¿Dónde podemos encontrar la oficina? Recuerda que nunca estuvimos aquí.

—Venid conmigo. Hay un bar enfrente, el garito más importante de toda la ciudad.

Harry no cesaba de mirar a su alrededor.

Había esperado ver un pueblo con casas como en la Tierra, pero allí no había más que cúpulas semitransparentes, algunas de cerca de sesenta metros de altura, dibujando calles de esquinas redondas, por las que circulaban vehículos de todas clases.

Anduvieron por una de las aceras y Harry pudo ver el lujo que reinaba allí, así como las mujeres y hombres elegantemente vestidos, en contraste con la gran mayoría de hombres, colonos, que iban casi con harapos, sucios, barbudos y muchos de ellos parecían beodos.

El chófer se detuvo ante una de las cúpulas, señalando la de enfrente.

—Allí tenéis las oficinas. Ahora vamos a echar un trago.

La puerta se abrió mediante un mecanismo fotoeléctrico y Harry experimentó una deliciosa sensación al entrar. Toda la humedad del ambiente exterior había desaparecido. La atmósfera era seca y estaba impregnada con un perfume apenas perceptible, pero que proporcionaba una sensación agradable.

El local no podía ser más lujoso.

Máquinas tragaperras ocupaban, casi por completo, las paredes, y al fondo, rodeada de mesas totalmente ocupadas, había una pista de baile donde media docena de parejas se dejaban llevar por una música lánguida que procedía de algún sitio invisible.

La parte alta de las paredes estaba llena de letreros luminosos que parpadeaban sin cesar.

«¡La Compañía quiere que os divirtáis!»

«¡La Compañía vela por sus colonos!»

«¡News States ha sido creada para vosotros!»

Tomaron asiento junto a la «barra» y pidieron lo que deseaban beber.

—¿Os dais cuenta de lo que todo esto significa? —inquirió el chófer—. Cuando se llevan unos meses en las colinas y se llega aquí, donde la humedad no existe, con lindas mujeres, juegos y diversiones, ¿quién piensa en ese momento en que debe ahorrar para pagarse el viaje de vuelta? Uno se lanza a la vorágine, deseoso de gozar, de vivir... Después...

—¿Y la droga? —inquirió Harry.

El hombre explicó:

—Te la dan cuando ya no puedes más, cuando tienes los bolsillos vacíos... Entonces, para animarte, te dan la droga y firmas un papel para poderla pagar. Total, que te empeñas hasta los ojos y vuelves a

caer en la trampa, trabajando en las colinas para poder venir unos días aquí.

Hubo un silencio.

—Es un círculo cerrado del que nadie se escapa —dijo aún el conductor del camión.

Pero toda su tristeza desapareció al tercer «whisky». Y cuando, después de lograr dos vasos más, se fue, se reía, sin dejar de repetir que aquellos dos «ahorradores» no conseguirían volver a la Tierra...

—¡Es horrible! —exclamó Harry cuando se quedaron solos.

Doma se encogió de hombros.

—Es un negocio estupendo —dijo, con un brillo de codicia en los ojos.

El agente de la SIP cerró los puños.

Por un momento había considerado a su compañero como un hombre normal, olvidando que no era más que una escoria de la humanidad, un peligroso criminal que había que destruir con la misma saña que a aquellos que habían montado la esclavitud en Venus.

Fue entonces cuando la muchacha se acercó a ellos.

Les había estado mirando desde el fondo de la sala y avanzó hacia ellos, con una extraña sonrisa en los labios.

Era alta, rubia, hermosa hasta lo imposible. Y, además, de todas las mujeres que había en la sala, era la que Iba vestida más sencilla y normalmente, sin ninguna aparatosidad, cosa que por otra parte no necesitaba para nada.

Doma fue el primero en verla y lanzó un silbido de sorpresa.

—¡Fíjate, Charles!

El joven se volvió, quedando impresionado por la muchacha. Educado, se levantó cuando ella estuvo cerca de la mesa.

—¡Hola!

Doma sonrió, divertido.

—¡Hola! —- repuso.

Harry fue incapaz de hacer más que un gesto con la cabeza. La emoción le había enmudecido.

—¿Quieres sentarte, preciosa? —invitó el pistolero.

—Sí.

—¿Bebes algo?

—Un refresco.

eo se lo pidió al camarero. Poco después éste servía a la muchacha.

—Me llamo Dorothy —dijo ella.

—Yo soy Charles Hunston —mintió Harry, a pesar suyo.

—Conque me llames Leo basta —dijo Doma.

—¿Sois nuevos?

— No —repuso el pistolero—. Volvemos a la Tierra.

—¿Eh?

A Doma le divirtió la expresión de la joven.

—¿Te extraña? —inquirió.

—Un poco.

—A todos les pasa igual —siguió diciendo Doma—. Está visto que nadie escapa de Venus —miró a su compañero—. ¡Vamos a ser una excepción, Charles!

Pero Harry no le hacía caso, mirando detenidamente a la linda muchacha.

—¿Lleva usted mucho tiempo aquí, señorita Dorothy?

—Tres años. ¿Le parece poco?

—¡Una eternidad! ¿Le gusta esto más que la Tierra?

—Es un poco diferente —señaló alrededor suyo. Lo único deprimente es que se cree una dentro de una jaula...

Miró fijamente a Harry.

—Parece extraño que haya pasado usted cinco años en las colinas. No tiene usted el aspecto de ello.

—Es que nos hemos cuidado mucho —rió Doma—. Allí no había preciosidades como tú.

Ella sonrió, halagada.

—Yo vine aquí con mi hermano —no dejaba de mirar a Harry—. Quizá haya usted oído hablar de él, señor Hunston: se llamaba Wanlloca Aldon. Harry se estremeció de pies a cabeza,

¡¡La contraseña!!

Así... aquella muchacha era el agente de la SIP con el que tenía que entrar en contacto en Venus. ¡Y ella le había reconocido!

CAPÍTULO VI



OMO siempre que le acontecía un serio contratiempo, Fred O'Leight se pasó la mano por la brillante calva que coronaba su cabeza; después, se mordió las uñas, como también solía hacerlo cuando estaba nervioso o encolerizado.

Ambas cosas y en alto grado le sucedían en aquel momento.

Los pilotos de la astronave estaban delante de la imponente mesa de despacho, cariacontecidos, demasiado rígidos para que su postura fuese normal.

—¡Qué pareja de Idiotas! ¡No, no me refiero a vosotros, sino a Alfred y Karl! ¡Dejarse engañar por ese pistolero!

—Es un hombre terrible —dijo uno de los astronautas.

—¿Y qué? Karl era también un hombre terrible, uno de los tipos más hábiles con la pistola que he conocido.

—No le sirvió de nada.

-—¡Porque fue tan idiota como el otro!

Hizo una pausa; luego exclamó, casi a gritos:

—¡Y vosotros ayudasteis a descargar la mercancía! ¡Casi trescientos mil dólares perdidos!

—No pudimos hacer otra cosa.

Fred echó una ojeada al plano que tenía sobre la mesa, en el que había marcado, con una cruz roja, el lugar donde los pilotos se vieron obligados a aterrizar por orden de Leo.

—Seguro que irán hacia la carretera y se habrán venido para acá... ¡Sí les pongo la mano encima! Y lo más divertido es que ese presumido de Doma no sabe, el muy imbécil, que el hombre que va con él es un agente de la SIP... ¿No es para morirse de risa?

Alguien llamó a la puerta y Fred levantó la cabeza del piano.

—Vosotros dos... ¡largaos! ¡Fuera de mi vista! Id a la Base y no salgáis de allí por ningún motivo. ¿Entendido?

—Sí, señor,

—Bien... ¡fuera! —y dirigiéndose a la puerta—. ¡Adelante!

Entraron dos hombres que se hicieron a un lado para que los pilotos salieran.

Uno de ellos era un verdadero coloso, de anchísimas espaldas y rostro de antropoide. El otro, por el contrario, era delgado, seco, enjuto, de rostro demacrado, corno si estuviese muy enfermo.

—¿Qué hay?

—Han llegado, señor.

—¿Eh?

—Sí. Están en el Central con una chica, una tal Dorothy. ¿Ha sacado usted algo en limpio de los pilotos?

—No. Es la quinta vez que los interrogo: son una pareja de gallinas.

—¿Qué vamos a hacer con ellos?

—Enviarlos a las colinas... con nuestros queridos amigos cuando los cojamos.

El delgado se asombró.

—¿Cómo? ¿Va a dejar vivir a esos dos tipos?

Fred sonrió.

—¿Vivir? ¿En la Mina Tres?

Los ojos del gorila brillaron intensamente.

—Eso es otra cosa —dijo.

El enjuto volvió el rostro hacia él, fulminándolo con la mirada.

—-¿Quién te ha dado permiso para hablar, Muck?

El otro bajó la cabeza, como un niño reprendido:

—Perdona, Lemy.

—Que sea la última vez.

Fred sonrió.

Le complacía aquella pareja que, sin ningún género de dudas, eran sus mejores hombres. Lemy, el cerebro, con unas intenciones espantosas y una manera de concebir la venganza verdaderamente horrorosa, Y Muck, los brazos y las garras del otro, sin cerebro, con una mentalidad primitiva, sin conocer más verdad que la que surgía de los labios de Lemy.

—Tenemos que cazarlos en seguida —dijo.

—Vamos a ocuparnos de eso —repuso Lemy.

—¿Cómo te arreglarás?

—Los cazaremos a la salida del Central. Esta vez, patrón, tendré necesidad de algunos de los muchachos. Si se tratase de acabar con ellos, Muck se bastaría él solo.

—Comprendo.

Después de una pausa dijo:

—Podéis llevároslos directamente a Mina Tres. ¡No quiero verlos!

—Bien.

—Ya podéis iros.

* * *

Harry no podía controlar la emoción.

—¿Ha oído hablar de mi hermano? —insistió ella.

—Sí. Lo conocí en la Universidad.

Doma rió.

— ¡Es estupendo tener un amigo intelectual! ¿Así que conocías al hermano de esta maravilla, Charles?

Harry asintió de mala gana.

¡Cuánto le hubiese gustado estar solo junto a aquella muchacha, poder explicárselo todo y hacerle saber quién era el desagradable personaje que tenían al lado!

Justamente, en aquel momento, como si Leo hubiese adivinado los deseos de su amigo, se puso en pie.

—Voy a dar una vuelta por las máquinas tragaperras —dijo—. ¡Soy un hombre de-suerte!

Harry, loco de contento, sonrió.

—¡Veremos a ver lo que ganas!

Se alejó el pistolero y Trumper, incapaz de esperar más, preguntó:

—¿Cómo me ha reconocido usted, señorita Dorothy?

—Me enviaron su foto.

—iAh!

Y ella, después de una pausa:

—¿Sabe que el jefe está aquí, en Venus?

—¿Callowan aquí?

—Cuidado, no levante la voz.

—Perdón.

—El jefe está aquí y desea que sepa que no debe entrar en contacto con los traficantes.

—¿Por qué?

—Porque ellos saben que usted es un agente.

Harry se pasó la mano por la frente.

—¿Es posible?

—Sí. Hay noticias un poco raras. Todavía no sé cómo se ha enterado el patrón pero me dijo eso.

—¿Cuándo?

—Anoche.

—¿Cómo? ¿Está aquí mismo, en News States?

—Sí.

Los ojos de Harry se pusieron a brillar, encandilados.

—¿No podría verle?

—-No es prudente.

—Bien.

Hubo una pausa y Trumper, recordando lo que debía decir, explicó a la muchacha quién era Leo.

—Ya lo sé —repuso ella—. Pero, por el momento, le ha servido a usted, sin saberlo, ya que los otros, si Doma no hubiese estado presente, le hubieran matado.

—Es verdad; pero...

—Sí, ya sé. El jefe me ha dicho que procure disimular con él.

—¿Tiene idea de lo que el jefe quiere hacer con este asqueroso pistolero?

Ella sonrió.

—Es una pregunta,, amigo mío, que se contesta por sí misma: el jefe quiere, sin duda alguna, matar dos pájaros de un tiro.

—Comprendo.

—Por el momento y ya que no puede usted ser de utilidad, puesto que ellos conocen su verdadera identidad de agente del SIP, debe mantenerse apartado y vigilante.

—Doma no me dejará. Tiene sus proyectos.

—Déjele que siga con ellos. Mientras no le exponga a peligros inútiles.

Harry sonrió.

—En eso puede estar usted tranquila, señorita Dorothy. Es un tipo que quiere jaleo a cada momento.

—Sí, es un hombre peligroso.

—Más de lo que usted puede imaginarse. Le he visto matar con una sangre fría...

—Cuidado, ahí viene.

En efecto, Doma se acercaba,, con las manos llenas de monedas.

—¡He ganado cerca de ochenta dólares!

—¡Qué suerte!

Leo se sentó, sonriendo.

—¿Qué? ¿Nos hemos contado ya todos los secretitos?

Harry se estremeció y Dorothy se puso encarnada.

¿Era posible que nada pudiese pasarle desapercibido a aquél hombre?

Pero Doma cambió inmediatamente de conversación:

— ¡Para que luego digan que no tengo suerte! Ahora podemos invitar a cenar a la señorita. ¿Qué te parece, Charles?

La mucha intervino.

—Me es imposible. Debo irme.

—¡Qué le vamos a hacer!

En efecto, momentos después, tras estrechar la mano a los dos hombres, Dorothy se alejó, seguida por las miradas de ambos.

—¡Una verdadera preciosidad! —exclamó el pistolero.

—Sí —repuso Harry, pensativo.

Y después de una pausa, volviéndose hacia Leo, preguntó:

—¿Cuál es tu plan ahora, Doma?

—Ponerme en comunicación con ese Fred. Aunque creo que va a ser difícil.

—¿Por qué?

El pistolero entornó los ojos.

—No lo sé, exactamente... pero es como si hubiese algo en el ambiente que no me gustase demasiado.

Todavía estuvieron media hora allí; luego, Doma inquirió:

—¿Qué te parece sí nos largásemos, muchacho?

—Corno tú quieras.

—Vamos. Daremos una vuelta por la ciudad y veremos si logramos encontrar al jefazo. No quiero entrar en la oficina, así corno así. Son demasiado listos.

—¿No crees que si hubiesen querido podían habernos atacado aquí mismo?

—No. Ellos no quieren dar la impresión de violencia en la ciudad. Prefieren hacer las cosas a la chiticallando. ¿No te has dado cuenta de la linda propaganda que hay por todas partes? ¡No es tonto ese Fred!

Se levantaron, después de pagar, y Harry, curioso, preguntó:

—¿De dónde has sacado vales de la Compañía, Doma?

—Se los quité a Cummings. Llevaba los bolsillos llenos.

—Comprendo.

La puerta se abrió, como siempre, silenciosa y limpiamente. Una vez en la calle:

—¿Hacia dónde vamos? —inquirió Harry.

Pero el pistolero no contestó.

—¡Cuidado! —gritó, casi al momento.

Pero Harry debía de estar distraído, porque no se percató de nada y ardes de que pudiese darse cuenta, estaba rodeado por hombres que le amenazaban con armas de diverso calibre.

No ocurrió lo mismo con Dorna.

De un golpe certero, uno de aquellos puñetazos que no le fallaban nunca, tumbó al primero de sus agresores, logrando sacar el cuchillo con el que hirió, ya sujeto por dos más que lo habían cogido por la espalda, al segundo.

Hubo un momento, una cortísima fracción de segundo, en que Leo pareció dispuesto a matar, o morir matando. Sus ojos adquirieron aquel brillo acerado que en él significaba un ansia incontenible de matar.

Más de la misma manera que el brillo surgió en sus pupilas, se extinguió poco después y su rostro volvió a adquirir una expresión vaga, imprecisa.

Les empujaron hacia uno de los coches donde, después de registrarlos y quitarles todo lo que llevaban, los colocaron en medio de dos de los individuos que les habían atacado.

El vehículo se puso en marcha.

—¿Me dais un cigarrillo? —inquirió Leo, al cabo de unos instantes.

El hombre delgado y de aspecto enfermizo que iba sentado junto al que conducía el vehículo, un verdadero gorila, se volvió, tendiendo el paquete al pistolero.

—Toma.

Doma encendió su pitillo, en el encendedor que el mismo le ofreció. Después, a través del humo, se le quedó mirando.

—Tú eres Lemy, ¿verdad?

El otro enarcó las cejas.

—¿Como lo sabes?

—¡Bahj Es fácil. Tengo mucha memoria para las caras.. Y ese que está a tu lado, si no me equivoco, es Muck. ¿No pasasteis una temporada en el «hotel» de Los Ángeles?

El gorila gruñó.

—¿Estabas tú allí? —inquirió Lemy.

—Sí. De director —rió Doma.

Los ojos de Lemy cobraron un brillo de cobre.

—Eres muy gracioso, Doma. Pero no creo que tu risa vaya a durarte mucho.

—¿Vais a matarnos?

Muck gruñó de nuevo.

—¡Fíjate en mi amigo! —dijo Lemy—. Le hablas de matarte y se relame por anticipado. No, no vamos a mataros: sería demasiado corto

y agradable para un tipo como tú.

La expresión en el rostro de Doma, no cambió cuando dijo:

—Escucha, Lemy: no es una vana amenaza, pero procura que te ordenen enviarme al otro barrio.

—¿Qué quieres decir?

—Que yo, en tu pellejo, no dormiría tranquilo mientras yo esté vivo.

El rugido de Muck fue estremecedor. Y, sin poderse contener, gritó:

—¡Déjamelo un rato, Lemy, por favor!

Lemy estaba también furioso de las fanfarronadas del pistolero.

—Creo que voy a darte gusto, Muck. Cuando lleguemos, te lo dejaré unos minutos.

—¡Gracias, Lemy!

—No me las des. Quiero que no lo estropees.

—No. Sólo un par de caricias, Lemy.

—Bien,

Fue entonces cuando Doma soltó una carcajada.

—¡Bola de sebo! —dijo, con desprecio.

Y la impresión de aquel insulto fue tan directa sobre Muck, que el coloso perdió, por unos instantes, el control de la dirección haciendo que el coche dibujase una peligrosa ese en el asfalto de la carretera.

—¡Imbécil! —gritó Lemy—. ¿Quieres que nos rompamos la cabeza?

—Perdona, Lemy... ¡pero me ha insultado!

—Luego se lo harás pagar.

Sin hacerle caso, Doma se volvió a Harry.

—-¿Te das cuenta, Charles? Estos tipos se creen los dueños del mundo. ¿Ves a éste? Es un matón de baja estofa que se pondría a temblar como una mujerzuela si se encontrase frente a mí, sin armas.

—¡¡Lemy!! —gritó el gorila— ¡¡No dejes que te insulte!!

—¡Bah! Quiere ponernos furiosos. Es tan listo, el pobre idiota, que no se ha dado cuenta que su amigo no se llama Charles.

Y sabiendo que entonces podía hacer daño, adelantó el rostro hacia el del pistolero, sonriendo:

—¿Sabes quién es éste? —inquirió, burlón, señalando con un gesto a Harry.

—¡Claro que lo sé!

—¡Pobre Doma, el más listo de todos los tontos! Este tipo es un agente de la SIP y no el químico que tú has creído.

Doma se mordió los labios y sin volverse hacia su compañero gritó:

—¡A otro perro con ese hueso, Lemy!

Y entonces, la voz de Harry se dejó oír, en el silencio que se había hecho.

—-Es verdad lo que dice, Doma.

El pistolero se volvió, despacio, con un tono pálido en el rostro. Sus ojos se clavaron como puñales en los del joven.

—¡Hijo de perra! ¡Un policía asqueroso! Si lo hubiese sabido —agregó, con un hilo de voz—, te hubiese rebanado el pescuezo hace tiempo… ¡Aunque no he perdido la esperanza de poder hacerlo!

A partir de aquel instante, el silencio reinó en el interior del vehículo y Doma no contestó a las hirientes bromas que Lemy le hacía, de vez en cuando.

El coche había sido introducido por una carretera bordeada de bosques densos y no se detuvo, cuatro horas más tarde, hasta que la carretera terminó junto a un bosque a medias destruido.

CAPÍTULO VII



OROTHY atravesó la avenida, deteniéndose, poco después, ante una de las cúpulas-edificio de seis plantas.

Penetró en el interior, dirigiéndose a la elegante conserjería, atendida por una muchacha atractiva. Las paredes interiores, como todas las de las casas de la ciudad, estaban cuajadas de letreros luminosos que cantaban los esfuerzos de la Compañía, evidentemente dedicada al bienestar de los colonos.

—¿El doctor Carridge? —inquirió la joven.

—Quinta planta, apartamento 547.

—Gracias.

Callowan, en el poco rato que habla estado con ella, la abordó en un bar, después de telefonearle, le había dado una tarjeta con aquella dirección.

Tomó el ascensor y poco después llamaba ante la puerta que ostentaba, en cifras doradas, el número 547.

Un hombre, al que no había visto nunca, vestido con una bata blanca, le abrió la puerta.

—¿Doctor Carridge?

—Sí.

—Deseaba ver a un amigo mío que me dio esta tarjeta.

Y le tendió el papel.

El médico examinó la cartulina y sonrió, haciéndose a un lado:

—Pase, por favor.

Cerró la puerta, precediéndola por un pasillo cubierto por una espesa alfombra que hacía silenciosos sus pasos. AI final, abrió una puerta, a la izquierda, haciéndose a un lado:

—Tenga la amabilidad de esperar un instante.

Dorothy penetró en el saloncito, tomando asiento en una de las sillas funcionales.

Después encendió un cigarrillo. ....

Acababa apenas de hacerlo cuando la puerta por la que había entrado se abrió, dejando pasar a Callowan.

—¡Hola, Dorothy!

—Hola, señor Callowan.

Donald se sentó frente a ella.

—¿Qué hay de nuevo?

—Los han cogido.

El patrón de la SIP asintió:

—Ya lo sé —dijo,

—¿Lo sabe?

—Sí. Venga conmigo un momento.

Salieron de la habitación y pasaron a otra, justo la del final del pasillo. Allí no había más que unas sillas y la ventana, con las cortinas echadas, sólo dejaba un espacio minúsculo donde estaba posado el extremo de un tubo, parte de un aparato que reposaba sobre un trípode. Las sillas daban la espalda a la ventana y hacían cara a una pantalla que colgaba de la pared.

—Mire.

Donald apagó la luz y la pantalla se iluminó, poco después, dejando ver la entrada del bar en el que la muchacha había encontrado al agente y al pistolero.

Explicó:

—Vi la escena desde aquí.

—Comprendo.

Callowan encendió la luz.

—¿Cree que los matarán? —inquirió ella, con un tono de angustia en la voz.

—No lo sé.

—Ese Doma es el culpable de todo —dijo ella—. Por su culpa salió mal todo el plan.

—Lo sé. Pero no podemos olvidar que, sin darse cuenta, permitió que Harry siguiese vivo.

—-¿No se habrá enterado de la verdadera personalidad de nuestro agente?

—Es muy posible que ellos se lo hayan dicho. Y eso sería lo peor.

—¿Por qué?

—Porque es bastante difícil que acaben con Doma. En el fondo, le respetan y hasta le admiran. Por algo pertenece a la misma clase que ellos.

—Pero eso sería fatal para Harry.

—Es lo que me temo.

Hubo una larga pausa.

—Su misión, Dorothy —dijo el hombre, al cabo de un rato—, es quedarse aquí, en esta clínica,, en calidad de enfermera. Mi amigo el doctor y yo vamos a salir para las colinas.

—-Es muy peligroso.

—Lo sé. Pero no hay más remedio. Tenemos que hacer muchas cosas, entre ellas salvar a Harry. Pero lo más importante es reunir ciertos datos que necesitamos. Los tribunales necesitan pruebas.

—¡Pero si todo el mundo sabe lo que pasa aquí! Los hombres firman un contrato y caen en las garras de ese Fred de todos los demonios. Él les procura la droga para evitar que protesten.

—Ahí está el problema, Dorothy. Los colonos están atrofiados y serían incapaces de protestar, temblando de que no siguiesen dándoles la droga, que es lo único que les mantiene firmes.

—¿Entonces?

Callowan entornó los ojos.

—Este problema —dijo, después de un corto silencio— no es como los que habitualmente se nos plantean en la Tierra. Aquí tenemos unos cuantos millares de esclavos que no desean romper sus cadenas. Va a ser difícil. Porque, como se comprende fácilmente, necesitamos, para poder llevar al autor de todo esto ante los tribunales, obtener la declaración de todos o algunos de esos hombres.

—¿Y sí raptásemos a unos cuantos?

—Ya lo he pensado. Nuestra astronave está no muy lejos de Venus, esperando las órdenes para aterrizar en el planeta cuando se lo digamos. En realidad, nuestro plan primitivo era ése...

—¿El de raptar a unos cuantos colonos?

—Sí. Pensábamos que iba a ser sencillo, ya que bastaba desintoxicarles, una vez en la Tierra, y obtener declaraciones que hundiesen definitivamente a Fred y su maquiavélica Compañía. Pero no pudo ser.

—¿Por qué?

Callowan sonrió.

—¿Para qué cree usted que hemos puesto esta clínica? En realidad, esto no es más que una consulta de un dentista. Ya sabe que la humedad de Venus produce caries con muchísima frecuencia. Desde que estamos aquí, mi amigo, el doctor, ha visitado a más de cien clientes.

—¿Y qué?

—Que no solamente se ha preocupado de su dentadura. Si estamos

aquí es para ver si nuestro plan era factible. La realidad nos ha desengañado por completó.

»Los colonos están intoxicados mucho más profundamente, que lo que parece. Y ése ha sido el triunfo de Fred. Nosotros estábamos un poco extrañados de que la Compañía se interesase tanto por un químico como Hunston, ya que sabíamos que había otros muchos químicos capaces de sintetizar un estupefaciente.

»Pero hemos tenido que rendirnos a la evidencia. La «dolantina» es más que una droga corriente: sus propiedades penetran hondamente en el cerebro y anulan la voluntad de los que la toman. Mi amigo, el médico, ha podido comprobarlo en cuantos clientes se han presentado ante él.

»No, Dorothy. Si llevásemos por la fuerza unos cuantos colonos a la Tierra, no adelantaríamos nada.

»Y lo curioso es que todos desean volver, pero no se trata más que de una volición disfrazada, sin contenido real. Si los interrogásemos, una vez en la Tierra, dirían que están muy bien en Venus y que no hay ninguna organización que cuide de ellos como la Compañía.

—¡Es fantástico!

—Y, por desgracia, al mismo tiempo que fantástico, es verdad.

—-Entonces, ¿cómo vamos a poder atacar a la Compañía?

—Todavía no lo sabemos. Mi amigo, el médico, suele tener buenas ideas; pero no sé si podrán utilizarse en esta ocasión.

—Es un fastidio.

—Por eso queremos ir a las colinas y estudiar allí, con detalle, lo que pasa. Con un poco de suerte, podríamos encontrar una falla en la monolítica defensa de la Compañía.

»Usted se quedará aquí, diciendo que el médico está de viaje y recibiendo mensajes por radio —la tenemos en el cuarto de baño—. Los copiará corno lleguen, en clave, dejándolos archivados hasta mi vuelta.

—Bien. Pero le ruego que no abandone a Harry, por favor.

—No se preocupe.

—Yo no conocía a ese Doma, pero le aseguro que me da frío pensar en él.

Callowan sonrió.

Había una luz en los ojos de .la muchacha que demostraban que hay «fríos» que no lo son tanto.

* * *

—¡baja!

Obedecieron.

Doma estaba serio, como concentrado, hundido en pensamientos que no debían ser nada agradables.

Harry estaba también preocupado, al saber que había perdido la consideración del pistolero. Y aunque en el fondo no le importase mucho, le dolía estar solo, rodeado de enemigos por todas partes y en una situación que no podía tener un buen final.

¿Le había tomado cariño a Doma?

No, no podía ser.

Para Harry, el pistolero seguía siendo un individuo peligroso, anormal, cuya satisfacción no era más que la de dar muerte; pero, no obstante, tenía que confesarse que al lado de Doma no había tenido problema alguno y que, sobre todo, ahora que sabía que los otros no ignoraron jamás su verdadera identidad, le debía la vida, ya que la banda lo hubiera eliminado antes de salir de la Tierra.

—Parece que ya no estás tan matón —dijo Lemy, con la pistola en la mano.

Y Muck, riéndose:

—Siempre fue un cobarde hablador, Lemy. ¿No ves que cara de compasión pone?

Doma miró al gigante.

—¿Decías algo, tonel de grasa?

—¿Le has oído, Lemy?

—Sí.

Los otros, los que habían llegado en un segundo coche, los rodeaban, con las armas en la mano. Y en sus rostros se pintaba el deseo de ver cómo el gorila daba una buena lección al pistolero.

Todos ellos habían oído hablar de Doma y su fama había atravesado el espacio. Por eso, porque le temían, ardían en deseos de verle aplastado por las manazas de Muck.

—¿Me lo dejas, Lemy? —imploró el gigante.

—Sí, pero no olvides lo que te he dicho.

—No padezcas, Lemy... Lo trataré bien.

Jamás había visto Harry una expresión tan bestial como la que se pintó en el rostro de aquel antropoide. Bajo las cejas espesas, los ojuelos, inyectados en sangre, brillaban con una luz asesina.

Miró al pistolero.

Doma estaba tranquilo. Nada en su rostro revelaba la intensidad dé su atención, el estado de alerta que tenían todos sus músculos. Parecía esperar que Muck se limitase a darle unas palmaditas en la espalda, antes de decirle tranquilamente adiós.

El gigante avanzó, a pequeños pasos.

Doma no se movió.

Después cuando con un rugido infrahumano, la diestra de Muck salió lanzada, con la fuerza de una catapulta, hacia el rostro del pistolero, éste no hizo más que un gesto, evitando que el puño le cayese encima. Luego, a una velocidad increíble y casi sin moverse, su pie derecho salió disparado, chocando con la mandíbula de! gigante, que lanzó un alarido de dolor, al tiempo que la sangre manaba por su piel abierta.

Doma no perdió el tiempo.

Juntando las manos, con los dedos entrelazados, formó una especie de maza con la que, de arriba abajo, golpeó nuevamente al gorila, que tuvo la desgracia de bajar la cabeza, sin que por eso lograse parar totalmente el golpe.

Entonces, sin separar las manos, Doma le propinó un mazazo en la nuca, haciendo que se desplomase como un buey al que acaban de apuntillar.

Loco de rabia y con el arma en la mano, Lemy se lanzó hacia el pistolero, por la espalda. Y Harry, sin pensarlo dos veces, se tiró a los pies del bandido, dispuesto a impedir la traición que se proponía.

Al volverse, Doma vio rodar a los dos hombres. Aquella distracción le fue fatal.

Muck se incorporó y le atacó por la espalda, dándole un solo golpe en la cabeza, que lanzó al pistolero a media docena de metros, donde cayó sin sentido.

Al mismo tiempo, Lemy había logrado escapar a la presa de Harry, propinándole un golpe con el cañón de la pistola, que atontó al agente de la SIP.

* * *

La hilera de hombres, casi todos vestidos con harapos, salió de los barracones que, al lado del bosque, formaban el campamento. Alambradas y centinelas daban a aquel recinto la perspectiva de lo que realmente era; un campo de castigo.

Ninguna otra instalación de la Compañía ofrecía aquel aspecto, ya que no habla alambradas ni centinelas en parte alguna; pero allí, Fred se había permitido crear algo para los que se negasen a trabajar en la mina de cobre que sus técnicos habían descubierto en aquella parte del planeta.

Entre les miles de colonos que había atraído con falsas promesas en las alegres e hipócritas Agencias que poseía en la Tierra, no había encontrado Fred a nadie que estuviese dispuesto a trabajar en la Mina Tres, ni aun empleando, la droga del químico Hunston.

Porque la Mina Tres era algo que salía de los límites de lo concebible.

El bosque rodeaba por todas partes una serie de trincheras, de unos veinte metros de profundidad, ya que la mina estaba a cielo raso. La humedad de la floresta vecina se hacía sentir allí con una violencia extraordinaria y, al mismo tiempo, los insectos, esos mosquitos gigantes de Venus, parecían complacidos en aquel ambiente infernal, como si el fondo de las excavaciones, donde el vapor de aire era tan denso como una bruma londinense, reuniese para ellos óptimas condiciones de vida.

Fred había encontrado en aquel lugar el sitio ideal para establecer un campo de castigo, mostrándose tan indeciblemente cruel que había negado el suministro de droga a aquellos desgraciados que vivían en un verdadero infierno.

Un poco más allá del campo, se había instalado un cementerio y el número de tumbas daba idea de la mortandad que había en aquel infecto lugar.

Aquella mañana, Doma y el agente de la SIP formaban parte de los esclavos semidesnudos que desfilaban desde los barracones a las grietas abiertas en el suelo.

Sin hacer esfuerzo alguno, sólo de marchar aquel centenar de metros que separaba el campamento de la Mina Tres, los cuerpos se cubrieron de sudor, mezclado con la humedad que, además de penetrar por cada uno de los poros, entraba a chorros en los pulmones, produciendo una especie de trabajosa disnea que ahogaba cada vez que se intentaba renovar el aire de los pulmones.

Harry caminaba en silencio, al lado de Doma.

Éste, tranquilo como siempre, examinaba cuanto le rodeaba, comprendiendo el motivo que Fred y sus hombres habían tenido para no matarlo. Era mucho mejor en Venus, donde faltaba la mano de obra, utilizar hasta el último hombre.

Sonrió.

Al ver aquel gesto, Harry se sintió con fuerzas de romper el silencio.

—Perdona, Doma.

El pistolero se volvió.

—¿Qué quieres decir?

—Que lamento no haberte sido de más utilidad ayer.

—¡Ahorra la saliva, polizonte! Vas a necesitar las fuerzas en la mina.

Estaba seguro que Doma no le perdonaría jamás el no haberse sincerado con él.

Y lo sentía. Porque se daba cuenta de la importancia que podía

tener una amistad aunque fuese tan imposible e inestable como la que se podía establecer entre ellos dos, en aquel sitio, donde un gesto o una palabra amable podían tener un valor incalculable.

Momentos después, un capataz distribuyó las palas y los tubos de las perforadoras que debían enganchar a los tubos de aire comprimido que ya corrían por los tajos.

Doma tomó uno de los tubos y Harry una pala.

El trabajo empezó inmediatamente.

Lo que en cualquier otro lugar hubiese sido una labor pesada y fatigante era allí algo que extenuaba, ya que el menor movimiento, debido a la dificultad de la respiración, exigía un esfuerzo total.

Harry experimentó pronto los primeros síntomas de fatiga. Debía cargar las palas de las grúas que se iban posando a su lado, a uh ritmo verdaderamente insostenible.

Cuando se atrasaba, el guardián que estaba encaramado en lo alto de la grúa, dejaba caer su látigo sobre las espaldas del joven, haciendo que el dolor del golpe aumentase con la humedad y el polvo que reinaban allí.

Doma se dio cuenta de que aquel muchacho no podría soportar aquello mucho tiempo.

¿Sentía simpatía por él?

Era evidente que no; pero, de todos modos, en varias ocasiones le quitó la pala de la mano, ayudándole a cargar en el tiempo previsto. Y cuando el látigo del guardián cayó sobre sus espaldas, ya que no quería el vigilante que uno hiciese el trabajo del otro. Doma no tuvo más que mirar a aquel hombre para que cesase de golpearle, prefiriendo encender un cigarrillo y no hacer demasiado caso a lo que pasaba bajo la grúa.

CAPÍTULO VIII



ALLOWAN no tardó en encontrar, en las afueras ciudad, el lugar dónde había dejado el helicóptero biplaza, un minúsculo aparato, más parecido a una moto que a otra cosa; sin cabina ni nada semejante y que no era más que un eje, con dos asientos y tres ruedas que le permitían correr sobre caminos y carreteras cuando sus ocupantes no deseaban hacerle volar.

Se trataba de uno de los últimos helicópteros creados para las fuerzas policiacas Estados Unidos y adoptadas por todos los gobiernos, ya que a su facilidad de manejo se unía la sencillez con que podían ser trasladados u ocultados.

Donald y el doctor Stone habían esperado la llegada de la noche, de forma a evitar el ser vistos. Así, cuando se hizo la oscuridad, salieron de la ciudad, dirigiéndose al sitio donde habían ocultado el Bi-heli.

—¿Hacia dónde piensas dirigirte? —inquirió el médico.

—Iremos hacia sur, a las colinas más alejadas de los puestos de control de la Compañía. Sólo allí podremos hacer los experimentos que tú has propuesto.

Subieron en el «Bi-heli» y Donald lo puso en marcha. El aparato se elevó suavemente, alcanzando unos quince metros de altura, que Callowan mantuvo, después de orientarse.

—No sé si lograremos algo positivo —dijo Stone.

— —¿Por qué?

—Porque esa «dolantina» es mucho más compleja de lo que creíamos. Cosa que hace suponer que el tal Hunston no era químico tan mediocre como pensábamos al principio.

»Es evidente que Fred vio en él el hombre que necesitaba. La «dolantina» alcanza a zonas cerebrales que hasta ahora habían permanecido a salvo de los demás tóxicos, naturales o sintéticos.

—¿Quieres decir que el producto que tú has preparado no servirá para nada?

—Eso no lo sé. Hemos utilizado dosis demasiado débiles, aprovechando la anestesia por gas hilarante en la clínica dental que hemos montado en News States. Se necesitan cantidades mayores para lograr algo positivo,.

—¡Eso es lo que queremos hacer!

—Pero no con demasiadas ilusiones, Donald.

—Con que consigas desintoxicarme a media docena de individuos, tendré más que suficiente. Quiero encerrar a Fred y que lo envíen a la silla eléctrica. Eso es todo.

—Y yo haré lo posible para que lo consigas, amigo mío.

Donald hizo que el aparato ganase altura al acercarse a la zona donde empezaban los bosques de Venus.

Sobrevolaron amplios territorios que no habían sido aún explotados por la Compañía, dirigiéndose después hacia el sudoeste, parte que deseaban visitar, ya que allí se encontraban algunos «tajos», lo bastante alejados de los controles para poder trabajar a gusto.

El «Bi-heli» se posó blandamente a la entrada de un bosque y los dos hombres, armados de rifles cortos, con dispositivo ametrallador, penetraron en la zona húmeda, avanzando hacia el centro de aquella compleja selva.

Durante la noche, el silencio de Venus sólo se veía cortado por el desagradable ruido que hacían las burbujas de gases putrefactos al estallar en la superficie de las charcas. Era algo que crispaba los nervios.

No tardaron mucho en descubrir los barracones que, como de costumbre, no rodeaban alambrada alguna, no habiendo tampoco ningún centinela que lo vigilara.

Stone, que llevaba a la espalda una especie de doble depósito, completamente cargado del líquido antídoto Que había preparado, penetró detrás de Donald en uno de los barracones.

No hacía falta despertar a aquellos hombres, que se movían presas de sueños y pesadillas horrorosas, empapados en sudor, para inyectarles la sustancia preparada por Stone. La aguja, en realidad una microaguja, era lo suficientemente fina, casi un capilar, para ser clavada con menos reacción que la que hubiese originado una picadura de mosquito.

Empezó por la primera fila de la derecha.

Había doce colonos en total y Stone no tardó más de veinte minutos en vaciar en sus cuerpos el contenido de casi la mitad de uno de los depósitos que llevaba a la espalda.

Después salieron.

Cuando se hubieron alejado, llegando casi al lugar donde habían

dejado el helicóptero, Donald inquirió:

—¿Qué tiempo tarda en hacer reacción?

—Dos horas.

—¿Debemos esperar?

—Sí. Nos ocultaremos por aquí y les observaremos en cuanto despierten.

—¿Cuál debe ser la reacción positiva?

—Un cambio completo en su manera de pensar. Se darán cuenta de la verdad y, sintiéndose engañados, dejarán de trabajar; es decir, no querrán empezar.

—¿Qué más?

—Es natural que al principio intenten convencer a los otros, pero al ver que no lo consiguen estarán dispuestos a huir, para denunciar a la Compañía. Comprende, Donald, que la acción de la «dolantina» habrá desaparecido.

—¡Magnífico! Y entonces surgiremos nosotros,

—Eso es.

Callowan sonrió.

—¿No te imaginas lo que esto va a significar para todos, Stone?

—Sí.

—Esos hombres declararán abiertamente en la Tierra, donde los llevaremos inmediatamente. Con las pruebas que ellos aportarán, Fred y la Compañía no podrán resistir el embate de la Ley y ese monstruo, ese traficante moderno, ese negrero de la actualidad, irá donde merece, a pagar todas sus culpas.

—Todo eso es estupendo, Donald.

—¡Imagínate! Hace años que intentamos saber lo que Fred hacía en realidad. Por eso forjé el plan de sustituir al químico.

— ¡Lástima que se ahorcase!

—Lo mataron, Stone.

—¿Es posible?

—Sí. Hice examinar el cadáver y me demostraron que lo hablan hecho.

—Pero... en la Penitenciaría... ¿cómo es posible?

—No lo sé de cierto, pero lo sospecho.

—¿Y cómo supiste que la Compañía sabía que Harry no era el verdadero químico?

—Porque era de sentido común. En cuanto supe que habían matado a Hunston, me di cuenta de que siendo ellos los que habían ordenado la ejecución, para evitar que el químico declarase algo sobre la composición de la verdadera «dolantina», era natural que supiesen

que el nuevo Hunston era uno de nuestros agentes,

—Y si no llega a ser por ese Doma, el pistolero, lo liquidan.

—En cierto modo, el que ese pistolero se escapase ha sido una suerte para nosotros.

—¿Piensas tenérselo en cuenta?

Donald sonrió, ensombreciéndose después su rostro.

—Yo no perdono nunca a los fuera de la Ley, Stone.

Eso lo sabía el médico de memoria.

Al amanecer se habían acercado ya al campamento y desde un sitio elevado, venciendo la repugnancia que sentían a subir a uno de los árboles, cuyos troncos estaban tan pegajosos como las hojas, observaron, con sendos gemelos, el despertar de los colonos.

Callowan estaba tan impaciente como nervioso.

Poco a poco, los colonos fueron saliendo de los barracones y se reunieron para lavarse junto al aljibe que había en uno de los extremos del campamento. Después, uno de ellos, que había encendido el fuego, preparó el café, que tomaron sentados en el suelo, en silencio.

—No pasa nada —musitó el médico.

—Es posible que estén pensando en la manera de hacer las cosas —esperanzó Callowan.

Pero Stone frunció el entrecejo.

—No —dijo, con voz firme—. La reacción debe ser brutal.

—Quizás hayas empleado una dosis inferior a la necesaria.

—De ningún modo. De eso puedes estar completamente seguro.

Esperaron aún un buen rato.

Pero cuando los colonos se levantaron, yendo tranquilamente hacia el trabajo, Stone bajó los prismáticos.

—He fracasado —dijo.

—Todavía no —insistió Donald.

—¿Por qué quieres darme esperanzas, Callowan? ¿Es que no lo has visto con tus propios ojos?

—Eso no es más que una prueba. Repetiremos la dosis esta noche y mañana por la noche, si fuese necesario.

El otro se encogió de hombros.

—Como quieras.

—No hay más remedio. De nada nos sirve desalentarnos al principio. Cuando hayamos acabado las pruebas, sean positivas o negativas, iremos en busca de Harry.

—Eso será lo mejor.

* * *

Tres días le parecieron a Harry una eternidad en el infierno de la Mina Tres. Y aquella noche, echado al lado de su compañero, experimentó la necesidad de hablar francamente con el otro.

¿Qué podía importarle ya todo, si estaba seguro que no tardaría en ir a acompañar a los que yacían en el cercano cementerio?

—Leo.

—¿Qué quieres?

El pistolero estaba echado, en el suelo, ya que los barracones de la Mina Tres no tenían lechos ni ropa de ninguna clase, con un cigarrillo entre los labios.

—Voy a hablarte de algo que deseo sepas, antes de...

—¿Antes de qué?

—Nada. Tú ya sabes qué yo soy un agente de la SIP.

—Sí. No hace falta que repitas cosas desagradables.

—La SIP deseaba que yo suplantase al químico Hunston. Me eligieron por mi gran parecido físico con aquel hombre, aunque yo no había hecho trabajos especiales, como la mayoría de los agentes y estaba, debido a mi constitución física, en los ficheros de Washington.

—Sigue.

—El que me eligiesen para hacer algo importante me colmó de alegría, ya que deseaba ser como los otros. Por eso fui con el jefe a la Penitenciaría de Los Ángeles.

—Sí.

—Allí tuvimos la sorpresa de ver que el verdadero Hunston se había ahorcado en la celda. Cosa que me ha hecho pensar mucho, después, y llegar a la conclusión de que ellos sabían ya que yo no era el verdadero químico.

—¿Por qué no me dijiste eso antes?

Harry tardó en contestar; luego, con vos tenue respondió:

—Porque me hubieses matado, Doma.

—Es verdad.

Y después de una nueva pausa:

—¿Y por qué diablos me lo dices ahora? ¿Por qué me cuentas todo esto?

—Porque es necesario. Escucha, amigo: voy a morir.

—¡Bobadas! Todos nosotros moriremos en este agujero.

—No es lo mismo, Doma... Yo estoy delicado... ¿Sabes por qué me destinaron a las oficinas de la SIP?

—No.

—Sospecha de tuberculosis pulmonar. Por eso he caído tan aprisa y me encuentro sin fuerzas, acabado… No, no tardaré mucho en morir.

—¡Nos escaparemos!

—Sabes que eso es imposible. Y, aunque ocurriese, yo no podría seguirte a parte alguna.

—No seas pesimista, muchacho. Verdad es que no puedo tragar a ningún polizonte, pero contigo me ha ocurrido una cosa curiosa: te he tomado simpatía, quizá porque al creerte químico de verdad pensaba que haríamos juntos un verdadero negocio.

—Yo también te aprecio, Doma.

—Sí, pero a la manera de un «poli». Si estuviésemos en otro sitio y tú tuvieses una pistola en la mano, seguro que harías lo imposible por apuntarte un tanto y poder decir que habías capturado a Leo Doma.

—¡No hables así, por favor!

Guardaron silencio y Doma, gracias a la luz de la punta ígnea de su cigarrillo, echó una ojeada al rostro de su amigo.

Frunció el ceño.

Visto de perfil; Harry parecía un muerto, con el rostro brillante y los rasgos tremendamente afilados. Los ojos estaban mortecinos y casi vidriosos.

Le apenaba que aquel «poli» padeciese de aquella manera.

—Creo que tendremos que escaparnos —dijo, al cabo de unos instantes.

—Tú acaso puedas, Doma. Por eso quería hablarte.

—¿De qué?

—Del asunto que me ha traído aquí. Yo no sé cuál es tu manera de pensar y si te importa poco la vida de los demás; pero ¿te has fijado en todos estos desgraciados y los otros, los drogados que están condenados a arrastrarse por Venus para enriquecer a la Compañía?

Leo no contestó.

—¡Tenemos que acabar con todo esto, Doma!

—-No es asunto mío.

—¡Por el amor de Dios, amigo mío! Tú puedes salir de aquí, escapar…

—… y presentarme a tu jefe para que me envíe al «sillón de las cosquillas», ¿verdad? ¿Es eso lo que quieres?

—No. No deseo que te ocurra nada malo… aunque no te has portado todo lo bien con la gente que debías haberte portado. Pero eso está ya pasado…

—¿Has perdido la chaveta? Aunque lograse escapar, ¿cómo podría lograr hacer algo contra la Compañía, con el poder que tiene?

—Verás...

Pero, en aquel momento, Doma le puso la mano sobre la febril boca.

—¡Calla!

El pistolero vio perfectamente la sombra que se alejaba hacia la salida. Era ya demasiado tarde para cortar el paso al fugitivo.

Separó la mano de los labios del joven.

—¿Qué ha pasado? —inquirió éste.

—Lo que debía pasar. Un «escucha» que se librará del trabajo gracias a nosotros.

—¿Estaba escuchándonos?

—Sí.

—¿Y qué ocurrirá ahora?

Doma torció el gesto.

—Eso lo veremos mañana, amigo.

Y se echó, definitivamente, dejando, poco después, oír sus profundos y tranquilos ronquidos.

* * *

—Nada —dijo el doctor Stone con voz sorda.

Y era tan evidente que Callowan tuvo que darse por vencido.

—Es verdad, amigo. No hemos logrado ningún resultado.

El otro sonrió, con cierta amargura.

—Ya te dije, Donald, que el problema era verdaderamente duro de pelar. Esa droga tiene cualidades demasiado fuertes para ser vencidas por ningún antídoto.

—¿No crees que exageras?

—En las actuales circunstancias, no. Verdad es que, con tiempo, con muchísimo tiempo, llegaríamos a preparar un antídoto contra la «dolantina»; pero, en nuestro caso, cuando necesitamos resolver este asunto con tanta urgencia... no, es imposible.

—¡Qué suerte tiene ese bandido! —exclamó Callowan, furioso—. Pero, de todos modos, aún tengo una carta en la mano: un buen as.

—¿Cuál?

—Ya te lo diré. ¿Qué te parece si empezásemos a buscar a Harry?

—¿Tiene idea de dónde pueden haberlo llevado?

—Dorothy me ha hablado de un lugar, llamado Mina Tres, donde el poderoso director de la Compañía envía a los rebeldes, a los que no se dejan dominar. No sé dónde está, pero lo encontraremos.

—¿Cómo es posible que consientan que ese O'Leight se haya

convertido en una especie de dueño de vidas y haciendas en Venus?

—Las cosas tuvieron un buen comienzo. Y no le fue nada difícil convencer a las autoridades, engañándolas con falsas pruebas de bondad, como más tarde engañó a los colonos.

»Fueron tiempos estupendos para él y recuerdo, por lo que he leído después, que fue recibido en Washington, con todos los honores, ya que adelantó grandes sumas para facilitar la primera expedición seria a Venus. Él ya había estado un par de veces y descubrió la posibilidad de convertirse en el dueño de este planeta.

»El error, naturalmente, estuvo en las concesiones que le dieron los miembros del C.A.E.

—¿Qué es eso?

—El Comité de Asuntos Espaciales. Formado por un grupo de hombres con buena voluntad, pero con ninguna experiencia, no supieron ver el verdadero objeto que O'Leight perseguía. Lo tomaron por un mecenas, por un hombre sin ambición y que deseaba sólo hacer que Venus fuese una joya para los Estados Unidos.

—¡Menudo hipócrita!

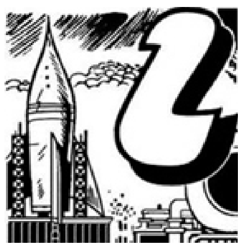
—-Fue muy listo y los engañó en todo. Así logró concesiones de prioridad y de régimen de gobierno en amplias zonas del planeta. ¿Cómo iban a dudar de la probidad y honradez de un hombre como Fred, que daba tantas pruebas de altruismo?

»Y hasta es casi seguro que piensen de la misma manera ahora. Claro que van a despertar brutalmente si conseguimos desenmascarar a ese granuja.

Stone sonrió, con cierta torpeza.

—Dices bien, Donald: si lo conseguimos.

CAPÍTULO IX



A sirena le despertó, corno siempre, bruscamente, Doma al incorporarse al tiempo que miraba a su amigo, que también estaba levantándose, recordó lo acontecido la noche anterior.

Frunció el entrecejo no dijo nada.

Miraba de reojo a Harry, notando el de su rostro y el temblor de sus manos, positivamente exagerado.

—¿Por qué no te quedas aquí esta mañana inquirió.

—No. Ya sabes cómo tratan a los que, según ellos, «se hacen los enfermos».

—Pero yo podría hablar con ellos... decir que estás verdaderamente enfermo: conseguir, al menos, que te dejen unos días de descanso.

Harry sonrió, débilmente.

—Parece mentira que tú, un hombre realista, hables de esa forma, Doma. ¿Tanto me aprecias?

Leo se mordió los labios.

—¡Vete a paseo! —exclamó, de mal talante—. ¿Qué cuenta aquí mi aprecio hacia ti? Lo que deseo es que te quedes y me pongan otro para el trabajo... ¡No tengo ganas de tener que hacer la labor de los dos!

A Harry no le hicieron ningún daño aquellas bruscas palabras: empezaba a conocer a Doma.

—Voy contigo. Prefiero estar a tu lado que recibir los insultos y los golpes de los guardianes.

El pistolero se encogió de hombros.

—¡Allá tú!

Salieron, entrando en la hilera que ya se estaba formando en la explanada.

Doma se preguntó quién habría sido el que 'había escuchado la conversación la noche anterior y qué habría hecho con ello.

Cansado de pensar, terminó por encogerse de hombros, siguiendo a

los otros hacia el trabajo.

Poco después, ya en el tajo, poma miró hacia el cielo, sintiendo que aquel día iba a ser mucho más caluroso que los demás, En efecto, una bruma baja dotaba en la mina y los árboles que, visibles parcialmente desde el fondo de los agujeros, parecían rezumar aquel líquido pegajoso y repugnante que lo empapaba todo.

Pronto empezó Harry a jadear y una o dos veces, cuando Doma se volvió para mirarlo, el joven agente de la SIP le sonrió, como si quisiera tranquilizarle.

Pero Doma sabía que su amigo estaba muy mal y empezó a temer que Harry hubiese dicho la verdad cuando anunció que su muerte estaba próxima.

—¿Quieres que les diga que estás enfermo? —le preguntó, poco después.

—-No, no les digas nada.

La voz del tipo de la grúa sonó, ruda y sin piedad:

—¡Eh, vosotros dos! ¿Queréis probar el látigo? ¿No habéis tenido bastante tiempo anoche para pensar en destruir a la Compañía?

Los dos amigos se miraron y volvieron al trabajo.

Doma frunció profundamente el entrecejo.

¿Así que ya lo sabían? ¡El «chivato» no habla perdido el tiempo!

Apretó la perforadora con rabia, pensando en que se tenía que ser canalla para aprovecharse de una conversación entre gente que, como el que escuchaba, sólo deseaba salir, como fuese, de aquel infierno.

Aunque, razonando, un poco, pedía llegarse a la conclusión de que la desesperación de los colonos castigados en Mina Tres era tan grande, que habían perdido, para siempre, todo concepto de dignidad y confraternidad con los compañeros.

Doma recordó sus tiempos de prisión, diciéndose que aquello era completamente distinto y que los presidiarios, salvo contadísimas excepciones, suelen mantener la boca cerrada, ya que las represalias contra los espías son tremendas y jamás dejan de cumplirse.

Aquí era diferente.

No tardó mucho, en una de las pruebas, en ver al hombre que ya había obtenido algo positivo al denunciar a sus compañeros. Doma le conocía de vista y no se extrañó al ver que los guardianes le habían confiado el engrase de las grúas, trabajo mucho más descansado que el de la extracción de mineral.

Se mordió los labios.

Porque estaba completamente seguro de que él no hubiera sido nunca capaz de delatar a nadie para obtener la sonrisa de uno de aquellos asquerosos e inhúmanos guardianes, sabiendo que éstos se

aprovecharían de lo que se les comunicase para hacer la vida imposible a los culpables.

— ¡No puedo más, Doma!

Se volvió, a tiempo de ver el rostro palidísimo de Harry, que se apoyaba, con todas las fuerzas que le quedaban, sobre la pala. La expresión de su cara era, evidentemente, la de un hombre gravísimamente enfermo.

Iba a dejar la máquina para ayudar a Harry cuando el largo látigo del hombre de la grúa cayó sobre las espaldas del agente de la SIP.

—¡Trabaja, gandul! ¡Ya te enseñaré yo a conspirar!

Incapaz de resistir el formidable golpe que el guardián le había propinado, Harry se desplomó y Doma, como un estremecimiento, vio que una bocanada de sangre brotaba de la boca de su amigo. Estaba seguro de que había muerto.

Por un instante, su cerebro se negó a funcionar; pero, casi en seguida, con aquella frialdad de pensamiento que le caracterizaba, logró la solución que buscaba y, sin abandonar la máquina, se acercó, recibiendo un latigazo que, no obstante su voluntad, le hizo morderse los labios.

Pero, en contra de lo que esperaba el guardián, miró hacia la grúa, gritando:

_¡Eh, tú! ¡Este tipo tiene los bolsillos llenos de dólares!

Y sonriendo hipócritamente, añadió:

—Me darás algunos, ¿eh?

El de la grúa sintió que la ambición se apoderaba de él y sin darse cuenta de la trampa que le tendían, se echó el rifle a la espalda, bajando, con el látigo en la mano, por la delgada escalerilla de metal.

Sus ojos brillaban por efecto de la codicia.

—¿Dónde está ese dinero? —inquirió.

—Ahí, en sus bolsillos. ¿No lo ves?

El guardián se inclinó sobre el cuerpo de Harry.

Fue entonces cuando toda la cólera qué albérgala el corazón de Doma estalló, de golpe.

Avanzando como una exhalación con la perforadora en ristre, atacó al guardián. De nada le sirvió a éste el retroceder, internando manejar el látigo. La punta de la perforadora se apoyó sobré su pecho y Doma puso la máquina en marcha.

El efecto fue espantoso.

El guardián cayó de espaldas, lanzando un alarido formidable, al tiempo que la punta acerada le atravesaba el tórax como si hubiese sido de cera. La sangre salpicó por todas partes, mezclada con los trozos de

vísceras que la perforadora arrancaba al girar a aquella vertiginosa velocidad.

Rápido como la luz, Doma se inclinó, apoderándose del rifle del guardián, que ya no era más que un montón de sangre y carne desgarrada.

Ya era tiempo.

Alarmados por el grito de su compañero, dos vigilantes más, procedentes de las excavaciones vecinas, habían abandonado sus puestos y sus grúas para enterarse de lo que pasaba.

El primero no tuvo casi tiempo de ver a Doma.

Un agujero negruzco apareció en su frente, al tiempo que el estampido del rifle llenaba el aire de múltiples ecos, haciendo que se desplomase como un muñeco.

El otro llegó a echarse casi el arma a la! cara, pero tampoco le valió de mucho, ya que recibió una buena rociada de balas —Doma había puesto su arma en «ráfagas»— en pleno pecho.

Leo sabía que no podía perder tiempo.

Escaló su pozo, corriendo hacia el más próximo, que ya estaba sin guardián.

—¡Eh, vosotros! .¿No esperabais una ocasión como ésta?

—¡Claro, muchacho! —estalló uno.

Doma les gritó:

— ¡A por los rifles!

Corrieron como locos hacia los cadáveres de los dos vigilantes que Doma había matado.

Y la batalla empezó.

No jugó en ella ningún papel la evidente superioridad de los vigilantes. La furia de aquellos hombres y el ansia de salir del infierno de Mina Tres les infundieron ánimos suficientes para centuplicar sus energías.

Uno tras otro, los guardianes fueron cayendo y sus armas, al engrosar las filas de los colonos, les nivelaron definitivamente la balanza, precipitando el final del combate.

En cuanto al «soplón», Doma se encargó de él, matándole de un tiro en la cabeza y evitar así que los encorajinados colonos lo destrozasen.

Reunidos con todos ellos, sólo habían tenido seis muertos, les hizo sentir la necesidad de una jefatura y todos ellos coincidieron en que debía ser él quien les dirigiese.

—Mi plan. —dijo, después de ser nombrado— es el siguiente: Es natural que nuestro objetivo sea el de regresar a la Tierra. Abandonar

este maldito planeta debe ser la fuerza que nos empuje,

—¡Eso es!

—¡A la Tierra!

Logró silencio, con un gesto Imperioso.

—Pero hay que razonar fríamente —prosiguió—. Todos sabernos que sólo las astronaves de la Compañía nos admitirían, en el caso que el jefe se hubiese vuelto loco, ya que nadie ha regresado jamás de aquí. Salta a la vista que no podemos hacer nada sin que el patrón consienta —y dio a esta palabra una entonación que hablaba por sí misma—. Nuestro primer objetivo, pues, es ir hacia News States y «convencer» a nuestro amable amo de nuestros deseos.

—-¿Has olvidado a la policía? —inquirió uno de ellos.

Doma sonrió.

—Yo no sé si vosotros me conocéis, pero os aseguro que yo no olvido nunca a los «polizontes» —señaló el cadáver de Harry—. Éste era uno de ellos...

Y les contó, sucintamente, lo que había ocurrido desde que se escaparon de la Penitenciaría de Los Ángeles.

—Este muchacho me dijo que la SIP deseaba demostrar la verdad de lo que ocurre en Venus. Y eso podemos hacerlo, si queréis, colaborando todos juntos. ..

Hizo una pausa; luego, con voz sorda:

—Y ya que conocéis mis antecedentes, seguro que estaréis preguntándoos lo que voy a hacer yo. Mis cuentas con la policía no pueden saldarse más que de una manera: cambiando mi libertad por la de ese granuja de Fred O'Leight. Si consigo echarle la mano encima, exigiré que olviden todo lo que he hecho y que me dejen libre. Pero, para vosotros, amigos míos, la cosa es muchísimo más sencilla, ya que ninguno de vosotros, tiene cuentas pendientes con la Ley.

—-¡No te abandonaremos, Doma!

—¡Exigiremos tu libertad!

Leo sonrió.

—Gracias, amigos, gracias... Yo no suelo emocionarme muy a menudo, pero ahora lo estoy, os lo aseguro.

Y tras una corta pausa, cambiando bruscamente de tono:

—Creo —dijo— que ya hemos perdido demasiado tiempo hablando. Ahora, amigos, no nos queda más que realizar lo que pensamos. Sé que ninguno de vosotros vacilará,.. ¡Adelante!

Un rugido de entusiasmo fue la respuesta unánime a sus palabras.

* * *

Fred tamborileó nerviosamente, con sus cuidadas uñas, sobre la pulida superficie de la elegante e inmensa mesa de despacho tras la que estaba sentado.

Después miró a Lemy.

—¿Estás seguro de todo eso?

—Sí. Los muchachos de la emisora me llamaron para decirme que habían descubierto ciertas emisiones clandestinas, en clave, procedentes del espacio y que se les contestó desde la ciudad. Utilizaron los radiogoniómetros para precisar el lugar de las emisiones.

—.¿Desde dónde emiten?

—Ya lo dije antes: desde un edificio moderno, el número 2039 de Venus Avenue. Hay una clínica nueva allí, de un dentista al que no conocemos: un tal doctor Carridge,

—¿Has hecho más investigaciones?

—Sí. Envié a uno de los muchachos para que le arreglasen la boca.

—¿Y qué?

—El doctor no estaba. Había una muchacha que Joe retrató con la micro cámara que llevaba en la corbata. Es esa chica llamada Dorothy: una muchacha que trabajaba en el «Central».

—¿Antecedentes?

—Confusos. Llegó recomendada por uno del Comité: eso es, precisamente, lo que huele mal.

—¿SIP?

—Seguro.

Fred se mordió los labios.

—Hay que obrar con rapidez y limpieza. Traedla aquí.

—Bien.

Una hora más tarde, la puerta del despacho volvía a abrirse para dejar pasar esta vez a Lemy, acompañado de Dorothy, intensamente pálida.

O’Leight sonrió.

—Siéntate, muchacha. Tú, Lemy, siéntate allí, detrás.

—Bien, patrón.

Fred miró detenidamente a la agente; luego di O’Leight.

—¿Sabes que eres muy bonita, muchacha?

Dorothy tardó en contestar y lo hizo con tono vivo, como si desease impresionar a aquel hombre:

—¿Por qué me han traído aquí? ¿Qué he hecho?

Una sonrisa se acentuó en los delgados labios de Fred.

—¡No seas tonta, chica... Sabemos perfectamente Quién eres. Pero

no quiero que digas que soy violento. Yo amo la tranquilidad… y la belleza.

Y después de una pausa:

—Si hablas, si contestas a todas mis preguntas, nada te ocurrirá.

—Yo no sé nada.

—Ése es un mal empiece. Pero yo tengo muchísima paciencia… a veces. Veamos, ¿eres de la SIP?

—¿Qué es eso?

Fred contrajo el ceño.

—¡Basta! SI sigues por ahí, vas a ver lo que haré… ¡Lemy!

Ei desagradable hombrecillo se acercó al despacho.

—Diga, señor.

—Explica a esta encantadora señorita cuál era tu oficio antes de trabajar conmigo.

Los ojos grises de Lemy se posaron sobre el rostro de la joven.

—Tatuaba.

¿Te das cuenta, preciosa? Lemy era un hombre que hacía tatuajes: un verdadero maestro en ese arte difícil. Yo he visto verdaderas maravillas. ¿Verdad, Lemy?

—Sí.

—¿Te imaginas lo que podría hacer en tu rostro y en tu cuerpo, si yo se lo ordenase?

La muchacha se estremeció.

—¡Explícale, Lemy! Dile lo que ocurre cuando el que hace el tatuaje no es un hombre limpio como tú, un verdadero artista,

Lemy sonrió.

—Hay tipos —dijo, en voz baja— que olvidan las medidas de asepsia en los microcuchillos. El resultado es catastrófico. Los surcos se infectan, los dibujos se abren, llenándose de pus y convirtiéndose en cicatrices que no desaparecen jamás.

—¡Bien, Lemy! Pero tú eres incapaz de hacer cosas como ésas, ¿verdad?

—Sí.

—¿Qué harías en el rostro de esta joven belleza, Lemy?

—La tatuaría como las antiguas maoríes; un dibujo cerrado, que cubriese la frente, las mejillas, el mentón, el cuello, las orejas…

—¿Te das cuenta, monada? Todo el mundo te llamaría «la Dama Tatuada». ¡Hasta podías llegar a ser célebre!

Mordiéndose los labios, Dorothy hacía lo imposible por vencer el miedo que iba penetrando en su ánimo.

—¿Qué contestas, preciosa?

—No diré nada.

—Está bien… ¡Lemy!

—Diga.

—Prepara tus cosas: quiero que hagas un trabajo precioso… ¿No me dijiste un día que habías logrado tatuar el globo del ojo?

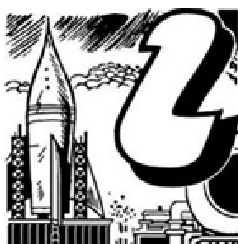
—Sí, señor; pero es muy peligroso…

—No importa. Vas a ensayarlo con nuestra joven amiga.

—¡¡No!! —gritó Dorothy, aterrada.

Fred sonrió.

CAPÍTULO IX



LEGARON a la ciudad en plena noche y Doma les guió, haciendo lo imposible para que no llamasen la atención. Luego, cuando estuvieron ante el edificio de las oficinas generales de la Compañía, ordenó:

—Rodead la cúpula.

—¿Y tú?

—Yo voy a ocuparme de lo de dentro.

—¿Solo?

—Sí. Es mucho mejor. Veréis: yo ya estoy acostumbrado a esta clase de aventuras y sé perfectamente que un hombre solo puede ir donde no lo haría un grupo.

—¿Y si te ocurre algo?

—Entonces actuaréis vosotros. Dadme una hora. Si después de ese tiempo no he regresado, haced lo que os parezca.

—Bien, pero no deseamos que te ocurra nada. ¿De acuerdo?

Doma sonrió.

—De acuerdo. Tomad el rifle.

—¿Cómo? ¿Vas a ir sin armas?

Leo les enseñó el largo cuchillo que había recuperado en la barraca de los guardianes.

—Es un viejo amigo mío —explicó, sin dejar de sonreír—. Nunca traiciona ni se equivoca de camino. Además, tiene la ventaja de que no se encasquilla jamás.

Y desapareció por la puerta de servicio de la flamante cúpula.

Todo, por aquella parte del edificio, estaba silencioso.

Era natural que no hubiese vigilancia extrema. News States se hallaba en poder de la Compañía y todos cuantos deambulaban por la calle no eran más que pobres esclavos, gente sin voluntad, bajo los constantes efectos de la depauperación y la droga.

Doma no podía olvidar a Harry y cada vez que veía, con la imaginación, el cuerpo del joven que habían enterrado en Mina Tres

una furia tremenda se apoderaba de él.

No queriendo utilizar el ascensor de servicio, subió por la escalera de caracol, llegando a la primera planta donde, como pudo comprobar, no había más que oficinas, cerradas a aquella hora.

La segunda, tercera, cuarta y quinta planta dieron el mismo resultado negativo.

Pero, al penetrar silenciosamente en la sexta, se dio cuenta inmediatamente que había llegado al lugar que buscaba, ya que el panorama cambiaba bruscamente, dando lugar a un lujo difícilmente concebible.

Salones repletos de muebles costosos y cuadros modernos, luces ocultas que creaban un ambiente cálido y acogedor.

Se movió, por allí, con los nervios en tensión y el cuchillo fuertemente apretado entre los dedos.

Y ele repente, cuando menos lo esperaba, tropezó, encontrándose cara a cara con el gorila.

Muck se le quedó mirando, con los ojos desorbitadamente abiertos, como si no creyese lo que ellos veían.

Pero no tardó en reaccionar.

Aprovechándose de la sorpresa de Doma, soltó uno de sus terribles golpes, lanzando al pistolero contra la pared, donde chocó con violencia, salvándole del desnucamiento el que el muro estuviese acolchado para la insonorización.

Doma no perdió ni una décima de segundo.

El cuchillo salió silbando, penetrando en el pecho del coloso; pero, ante la admiración de Leo, Muck, a pesar de perder sangre en gran cantidad consiguió arrancarse el arma, mientras se tambaleaba coma un borracho.

Doma se dio cuenta de que estaba perdiendo un tiempo precioso y arremetió contra el gigante, lanzando un golpe, con el pie derecho, que terminó chocando contra la oreja izquierda de Muck,

Éste soltó un sordo bramido.

Parecía un toro herido de muerte, lleno aún de energía. Y así logró golpear nuevamente al pistolero, echándolo a rodar por el suelo.

Pero fue aquél su canto del cisne.

Arremetiendo nuevamente contra él, Doma logró tumbarlo y entonces, apoderándose del cuchillo, lo hundió repetidas veces en el corazón del coloso.

Tenía miedo de que fuese capaz de levantarse nuevamente. Tal era la increíble potencia de aquel antropoide humano.

Doma se sentía cansado, como si acabase de luchar con media

docena de enemigos. Después de descansar unos instantes, sobre todo para recuperar la respiración, avanzó nuevamente hacia lo que debía ser el centro del piso. Y cuando doblaba un pasillo, oyó una conversación, que salía por una puerta entreabierta y que alguien mantenía así con el pomo en la mano.

«—Todo eso es estupendo, preciosa... ¿Te has dado cuenta de lo fácil que es hablar cuando se tienen amigos como Lemy?

«—¡No logrará usted nada, canalla! Se ha aprovechado de mi debilidad, de mujer; pero, más tarde o más temprano, la SIP terminará con su despótico poder.

¡Era la voz de aquella muchacha del bar y Doma se estremeció al oírla!

«—-La SIP no podrá hacer nada contra mí, encanto. Sobre todo después de lo que nos has dicho... ¿Así que míster Callowan se ha atrevido a venir a visitarnos? Perfecto. Le haremos un recibimiento formidable. Y cuando el cerebro, la eminencia gris de la SIP haya desaparecido, podremos vivir tranquilos...

«—i Nunca logrará destruir a Callowan!

«—Eso lo veremos... ¡Llévatela, Lemy!

«—¿Qué hago con ella?

«—Enciérrala abajo... Ya veremos después... O, espera: creo que lo mejor es que se la des a Muck.

Y soltó una risotada formidable.

Doma se pegó a la pared, esperando que la joven y el hombrecillo saliesen. Cuando tal cosa ocurrió, Doma, que no podía perder tiempo alguno, hundió el cuchillo en la espalda del bandido, cubriendo con la otra mano la boca de la muchacha.

Ésta, que ya debía estar furiosa de haber tenido que ceder, le mordió con fuerza.

Doma lanzó un juramento.

Y fue entonces, al volverse, cuando Dorothy abrió desmesuradamente los ojos.

—¡Usted!

—Sí, pero baje la voz...

Ella miró hacia la mano izquierda del hombre, cuya palma sangraba.

—Perdone, no sabía...

—Déjelo. ¿Quién está ahí dentro? ¿O'Leigth?

—Sí.

—¿Solo?

—Sí, completamente solo.

—Quédese aquí, señorita. Yo voy a encargarme de ese pájaro.

Ella le miró fijamente a los ojos.

—¿Y Harry?

—Ha muerto.

Dorothy retrocedió unos pasos.

—¿Usted?

Él frunció el entrecejo; luego preguntó:

—¿Qué quiere decir? —Y cuando la verdad estalló en su cerebro—, ¡No sea estúpida! No fui yo. Lo mató un guardián.

—Perdone...

—De nada. Espere aquí y no se mueva. Terminaré en seguida.

Penetró, bruscamente, cerrando la puerta tras él.

Fred, que leía algo, levantó la cabeza. Y todo su rostro sufrió una transformación total, cobrando un color de yeso.

Y no era para menos.

Doma, vestido casi completamente de harapos, tenía el cuerpo cubierto de la sangre de Muck. Además, el cuchillo que llevaba en la mano goteaba aún de la de Lemy.

Avanzó hacia la mesa.

—Te ha llegado la hora, gusano.

—¿Tú eres...?

—Doma.

Fred se tranquilizó.

—Escucha... tú eres de los nuestros, Doma: estás, como nosotros, al otro lado de la Ley. Pide lo que quieras...

Dorna sonrió.

—¿Es muy tentadora la oferta?

—¡Lo que pidas! Dinero., poder, riquezas..,

—Eres muy generoso.

—Puedo serlo, amigo mío. Podría llenarte esta habitación de oro o hacerte mi ayudante. Tendrías lo que te agradase: dinero, mujeres…

—Muy interesante.

—¿Aceptas? ¿Quieres que llame a Lemy y a Muck para decirles que eres su nuevo jefe?

—No te molestes. Corren ya por las praderas, detrás de Manitú.

—¿Los has...?

—Sí. Eran dos puercos y les ha llegado su San Martín.

Fred respiró con dificultad.

—¡No importa! —dijo, al cabo de unos instantes—. ¡Tú y yo nos entenderemos, Doma!

—Seguro.

—-¿Verdad que sí?

—Claro. Por mí, ya estamos de acuerdo: lo malo son los otros.

—¿Quién?

—Los muchachos de Mina Tres. Están abajo, esperando hablar contigo. Y no creo que tengan muy buenas intenciones.

La palidez volvió a cubrir el contraído rostro de O'Leight.

—¡No dejes que suban, Doma! ¡No los dejes!

Los ojos de Leo se achicaron.

—Escucha, Fred. Yo sería capaz de matarte ahora mismo. Para eso no tendría más que recordar a un muchacho, Harry Trumper, tirado en el suelo, con la boca llena de sangre.

Hizo una pausa.

—Pero la muerte que yo te daría no estaría a la altura de las circunstancias, gusano... Y ellos no me perdonarían jamás el haberme tomado la ley por mi mano. No, deben ser ellos.

—¿Qué... quieres... decir?

Doma dio la vuelta al despacho y, sirviéndose de los cordones de las cortinas, ató a Fred, a pesar de las histéricas protestas de éste.

—iDéjame, Doma! ¡Te lo daré todo!

Leo le escupió a la cara.

—Sólo una cosa me haría pensarlo —dijo.

Los ojos del otro brillaron de esperanza.

—¿Qué? ¡Te daré lo que sea!

Pero, en aquel momento, una puerta que había detrás de la mesa del despacho y completamente invisible desde la habitación, empezó a abrirse. Y Doma, cuyos sentidos estaban en acecho, corrió a colocarse pegado a la pared, junto a la disimulada puerta, con el cuchillo en la mano.

La puerta terminó de abrirse y un hombre joven apareció en el dintel.

—¿Qué ocurre, Fred? Parecía que había oído...

Pero al verle.

—¿Cómo estás atado? ¿Qué ha pasado?

Y, dispuesto a ayudar a O'Leight, avanzó hacia él.

El cuchillo de Doma se apoyó en su espalda:

—¡Quieto!

—¿Eh?

—¡No se vuelva!

Sus ágiles manos le registraron, no encontrando arma alguna.

Entonces, el otro se volvió.

Y Doma, a pesar de toda su sangre fría, no pudo por menos de exclamar:

—¡Por todos los demonios! ¡Si es el vivo retrato de Harry!

El otro frunció el entrecejo:

—¿Harry? No entiendo..,

—Yo tampoco. ¿Quién es usted?

—Charles Hunston, técnico químico…

—¡Ahora entiendo! —y mirando a Fred—. Jugaste bien, ¿eh?

Y como ei nombre no contestase.

—¡Tenías todos los triunfos en la mano, gusano! Hiciste que encerrasen a un falso Hunston en la Penitenciaría. Así, cuando te estorbó, por miedo a que dijese la verdad sobre su personalidad, ordenaste que lo matasen… ¡Qué te importaba! Tenías aquí al químico que te iba fabricando toda la droga que necesitabas.

Fred seguía guardando silencio.

—Tú vienes conmigo —dijo Doma al químico.

El otro se encogió de hombros.

—Ya me es igual todo.

—¿Y yo?—-aulló O’Leight cuando iban hacia la puerta.

Pero Doma no le miró siquiera.

La sorpresa de Dorothy fue mayúscula al ver al verdadero Hunston. Pero Doma no le dijo nada apenas y bajaron, saliendo por la misma puertecilla que él había utilizado para entrar.

Uno de los colonos se acercó, seguido de otros.

—¿Qué ha pasado?

—La función ha terminado, amigos. En el quinto piso: es decir, en el sexto, tenéis a Fred, atado a su silla, esperándoos.

—¡¡Vamos!! —rugieron.

EPÍLOGO

Cómodamente sentada en el sillón que Callowan le había ofrecido, Dorothy fumaba un cigarrillo. Junto a ella, en otro sillón, estaba el doctor Stone.

Una atmósfera de tranquilidad reinaba allí.

—Corno han visto —dijo Donald—, el asunto de Venus ha terminado satisfactoriamente y el nefasto reino de Fred O'Leight ha desaparecido.

—Lo que no comprendo —dijo la muchacha— es cómo se dejó que los colonos linchasen al hombre que debía haber aparecido ante los tribunales, esta mañana.

Donald sonrió.

—Era lo mejor que podía hacerse. Fred, incluso con todas las pruebas, era un hombre demasiado importante para fiarse de él. Hubiese sido capaz de encontrar abogados, por dinero, que nos hubieran hecho pasar muy malos ratos.

—Comprendo. ¿Y los otros colonos?

—Ya han sido todos trasladados a la Tierra. Ahora se les está sometiendo a un tratamiento especial, un poco largo, pero que terminará conviniéndolos en hombres normales.

Hubo una pausa.

Dorothy tenía, desde el principio de la entrevista, una pregunta en los labios.

Hasta que no pudo más:

—¿Qué hay de Doma, señor? —inquirió.

—¿Doma?

—Sí.

Donald le miró a los ojos.

—No le es simpático, ¿verdad?

—Lo raro es que lo encuentro simpático, ¡Lástima que sea lo que es!

Justamente, en aquel momento, el interfono sonó y Donald, después de escuchar:

—Que pase —ordenó.

La puerta se abrió y Doma, sonriente, apareció en el umbral. Parecía otro, con su elegante traje y su rostro afeitado.

Saludó:

—Buenos días.

Ella lo miró, fascinada.

—¿Vienes a pedir el indulto, Doma? —inquirió Callowan, seriamente.

—Sí —repuso el pistolero.

—Pues no sabes lo que lo lamento, muchacho. Pero el Juez no está dispuesto a perdonar. No irás a la silla, pero no escaparás con menos de quince años, aunque haremos lo que podamos...

—¡¡No!!

La exclamación salió, muy a pesar suyo, de los labios de la muchacha.

—¿Qué ocurre, Dorothy? —inquirió Callowan.

—¡Que no hay derecho! Este hombre ha hecho mucho por nosotros y no debe ser tratado de esa forma.

Bonald miró al pistolero.

—¿Te das cuenta de que era verdad, muchacho?

Y ella, mirando a uno y otro:

—¿Qué quieren decir?

Callowan sonrió:

—Te presento, amiguita, a nuestro agente Dick Stuwer.

—¿Eh?

—-¿Te asombra? Era natural, muchacha. Desconfiábamos de todos y por eso inventamos a Doma, un pillo redomado, un peligroso asesino que, en combinación con algunos agentes de la Penitenciaria, escapó con el objeto de ayudar a Harry a realizar el trabajo que le habíamos encomendado.

Hubo una pausa.

—Sabíamos, o sospechábamos, que el director de la prisión estaba en connivencia con la Compañía. Me convencí al llegar al establecimiento y ver el lujoso vehículo que poseía y su apartamento oriental...

—¡Es fantástico!

Y tras un nuevo silencio.

—¿Y qué quería decir usted, hace un momento, cuando dijo a Doma; es decir, al señor Stuwer, que algo era verdad?

—Verás, Dorothy... Este muchacho, a pesar de las apariencias, es un tímido enorme. Y me preguntó si creía que tú te interesabas par él. Por eso montamos esta escena final, para que se convenciese de que no le eras, ni muchísimo menos, indiferente.

—¡Por Dios, señor Callowan!

—Ya está hecho. Y lo mejor es que os demos un merecido permiso

de unas semanas… ¿tendréis bastante?

Ninguno de ellos contestó.

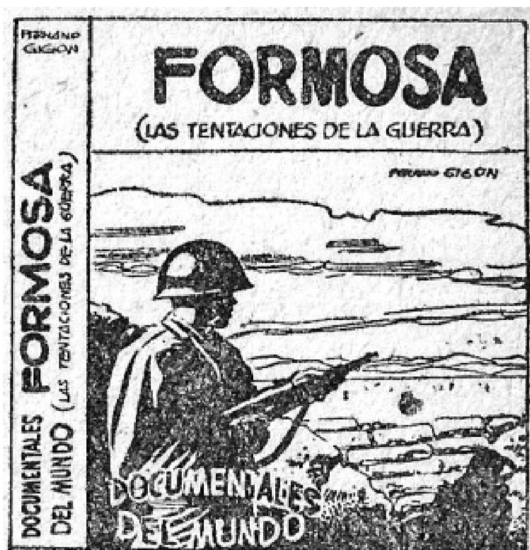
¿Era necesario que lo hiciesen?

¿Verdad que no?



COLECCION

DOCUMENTALES – DEL MUNDO



¡ENTÉRESE USTED, EN FORMA AMENA Y AGRÁDABLE, DEL VERDADERO CÓMO Y PORQUÉ DE LOS GRANDES

ACONTECIMIENTOS MUNDIALES!

SEPA USTED EXPONER LOS AUTENTICOS MOTIVOS DE TAN IMPORTANTES SÚCESOS CUANDO HABLE DE ELLO CON SUS AMISTADES.

¡HE AHÍ TRES MAGNÍFICOS LIBROS!

El Japón en la era americana

Por EDMUND W. EALLOT

¡Los frutos de la labor americana ante un país milenario!

Alemania, hora cero

por WALTER O. KNIITEL,

El hombre ha dominado el espacio, pero la ambición, la maldad y el crimen han seguido a los abnegados pioneros que han posado sus plantas en los nuevos planetas.

Por eso la Tierra, para defender la Ley y la Justicia, ha creado una nueva fuerza: la SPACIAL INTERNATIONAL POLICE.

El problema de la delincuencia juvenil preocupa al mundo. Bandas rivales se disputan el botín que ha robado... ¡UN AGENTE TRAIDOR DE LA PROPIA S.I.P.!

Traidor al servicio

ALAN STAR, más audaz, más intrigante que nunca, ha guardado para esta novela sus páginas más emocionantes.

S.I.P. SPACIAL INTERNATIONAL POLICE

6 PTAS

EDICION
TORAY, S